LA CRUZ DE SANTIAGO

Ó EL MAGNETISMO.

Drama en tres actos y seis cuadros precedido de un prólogo, escrito en francés por el célebre J. Bouchardy, *traducido al castellano por* D. Francisco Luis de Retes *y* D. Francisco del Villar; *para representarse en el teatro del Drama* (Cruz) *el año de* 1850.

PERSONAS.

Ben-Sadi el Arabe.	Pietro.
El señor de Carrouges.	Talbot.
Daniel.	Juana.
Mateo.	Raquel.
Benjamin.	Rolando.
	Guardias.

PROLOGO.

Sitio pintoresco en la costa de la isla de Lipari; en uarto término, un árbol enorme dá sombra á la escena; n el tronco ahuecado por los años se vé la estátua del *uen genio de la costa*, y á la altura suficiente un libro; os caminos esteriores terminan al pie del árbol; dos ntradas laterales á través de las rocas de la ribera, en egundo término; mas al fondo, en primer término, á erecha é izquierda, dos piedras que sirven de bancos.

ESCENA PRIMERA.

aniel, Pietro, *despues* Juana, *Daniel arrodillado; Pietro entra examinando el paisage.*

ie. (*dejando una ballesta y un palo en el banco de piedra á la derecha.*) Si, este es el árbol centenario... En esta costa se ha refujiado Juana, la muger que busco. De seguro! Pero por qué ha dejado la casa que habitaba en la ciudad?... Presentirá los proyectos del señor de Carrouges, mi amo? Por fortuna he sabido que hace dias vive con su hija, cerca de aqui, en casa de un pescador de coral llamado Daniel. (*mirando esteriormente.*) Pero no veo ninguna habitacion en las rocas... (*señalando á Daniel.*) Quizá por ese hombre que está rezando, sabré lo que deseo... Eh! buen hombre... no eres tú el que me indicó el camino de la aldea, cuando llegué ayer á la isla?

Dan. (*levantándose despues de haber acabado su oracion.*) En efecto... os reconozco... Ya de vuelta!

Pie. Si, queria volver á ver esta isla, que segun dicen, estaba desierta hace veinte y cinco años.

Dan. Y hoy la encontrais tan poblada como Agrigento y Siracusa.

Pie. Puedes decirme quién ha hecho este prodigio?

Dan. Sabreis sin duda que cuando Raoul, señor de Mesina y de las cinco villas, se hizo vasallo de la iglesia, el papa Leon IX le dió, con el sobrenombre de sabio, una cruz de plata en la cual están escritas palabras sacramentales, y que llevaba en otro tiempo Santiago el mayor, apóstol y mártir... (*se descubre con devocion.*)

Pie. Ya lo sé.

Dan. Pues bien!.. Entonces fué cuando Raoul agregó á sus estados esta isla abandonada, poniéndola bajo la proteccion de la cruz del mártir, y desde este dia llegaron emigrados de todas partes. Se ha construido la ciudadela y el monasterio... Los niños se han hecho hombr es, bendiciendo á Raoul el sabio y... ya sabeis ahora como se hizo este prodigio...

Pie. Cuyo autor fué Raoul?

DAN. Asi, cuando hace dos meses, se supo que numerosos corsarios de la costa africana, amenazaban la Sicilia, toda la juventud de la isla se agrupó bajo la bandera de Raoul el sabio para lograr la victoria.

PIE. Victoria que costará cara á Raoul, porque quizá á esta hora habrá muerto de resultas de sus heridas.

DAN. (*yendo á coger su gaban al pie del árbol.*) Espero que le preservará la cruz de Santiago.

PIE. Tal vez... (*señalando al tronco del árbol.*) Sin duda es esa la capilla consagrada al santo mártir?

DAN. No... ese libro que veis ahi, contiene versículos que se dirigen al buen genio de la costa.

PIE (*indicando esteriormente.*) Y esa cruz que está en la ribera?

DAN. Es la cruz de los ecos.

PIE. De los ecos?

DAN. Si... El eco lleva á los espacios, cada palabra que se dice al pie de aquella cruz... Aqui vienen á orar los liparianos; y cerca de ella entonan cánticos de esperanza... porque el eco fiel los lleva al buen genio de la costa, que flota sobre el horizonte azul de la mar.

PIE. Y sin duda habita en la isla, la muger que acaba de arrodillarse cerca de la cruz.

DAN. (*mirando.*) Si, viene á pedir todos los dias al genio, que proteja la vida de su esposo á quien está esperando.

PIE. Y esta muger se llama...

DAN. Juana.

PIE. Juana!...

DAN. La conoceis?..

PIE. No...

LA VOZ DE JUA. Eco de la ribera
mira el peligro.

ECO. (*lejano.*) Mira el peligro!

JUA. Y al pobre navegante
guarda propicio.

ECO. Guarda propicio.

(*Daniel que se habrá arrodillado durante el canto, se levanta.*)

PIE. (*que ha ido á mirar hácia el fondo, se aproxima á Daniel.*) Y dime, quién es ese hombre que está hablando con Juana?

DAN. (*mirando.*) Es Ben-Sadi, el árabe.

PIE. Un árabe! un maldito!.. Ya se separa de Juana.... viene hácia este lado.... pasará por aqui?

DAN. Si, este es su camino.

PIE. Entonces, cojamos piedras para tirárselas.

DAN. (*deteniéndole.*) Guárdate de insultar á ese hombre!

PIE. Es un Sarraceno'

DAN. Lo he olvidado, desde que conozco á Ben-Sadi!

PIE. Tanto peor!.. Tu árabe viene del infierno!..

DAN. (*imponiéndole silencio.*) Cállate! aqui está (*Ben-Sadi entra gravemente en escena por la derecha al fondo; está vestido á la oriental.*)

PIE. (*á media voz viéndole.*) Dios me libre del espiritu maligno! (*Ben-Sadi se detiene en medio de la escena, mira hácia la mar, despues continuando lentamente su camino, sale con aire pensativo, por el lado opuesto. A Daniel.*) Y qué ha hecho ese mágico del diablo?

DAN. El árabe?... Ha hecho dos milágros.

PIE. Dos milágros!

DAN. Primero, ha resucitado á mi hijo... Dios que se llevó á su madre, me ha dejado un hijo que es toda mi alegria en este mundo. Un dia que jugaba en la montaña, encontró la muerte en una de esas cavernas formadas en otro tiempo por los fuegos del volcan.. y en tanto que yo cavaba su tumba, Ben-Sadi tomó en sus brazos al pobre niño inanimado, vertió en sus labios unas gotas de un elixir desconocido, y mi Benjamin resucitó sonriendo.

PIE. Y cuál fué el segundo milágro?

DAN. Desde la partida de su esposo, un mal sordo minaba á la pobre Juana. Todas las mañanas venia con su hija en los brazos, á rogar al buen genio de la costa... todas las tardes, la oia cantar al eco su ferviente súplica. Un dia le abandonaron sus fuerzas, y la encontré espirando al pie de esta capilla... conduje á mi casa á la madre y á su hija, é imploré los ausilios de Sadi.

PIE. Y qué hizo entonces?

DAN. Infundió poco á poco la calma y el valor en el corazon desolado de la pobre Juana, y... cosa estraña! cada dia que venia á verla... parecia traer en los pliegues de su albornoz algunas horas de sueño arrancadas á la noche, porque le bastaba tender su albornoz sobre Juana, para que se durmiese profundamente.

PIE. Fatal y tenebroso sueño!

DAN. Al contrario, bienaventurado sueño; durante el cual Ben-Sadi, dirigiendo á su voluntad los pensamientos de Juana, la hacia ver á su esposo, en los campos, en los caminos, y la devolvia asi la esperanza y la vida.

PIE. Y desde entonces, sin duda Juana, ha permanecido en tu cabaña?

DAN. (*indicando á la derecha.*) Si, cerca de aqui... detrás de la ribera.

PIE. (Este es Daniel!)

DAN. Y decidme, que pensais ahora de Ben-Sadi el árabe?

PIE. Pienso que ese árabe ha reanimado á tu hijo con el fuego del infierno, que le devorará mas tarde.

DAN. Oh! Desgraciado!

PIE. (*con fuerza.*) Pienso que el que dispierta á los muertos, y aduerme á los vivos, es el servidor de Satanás.

DAN. (*asustándose.*) Si fuera cierto... pero no, no lo es!

PIE. Tú no has visto nunca los efectos de la mágia del infierno?

DAN. Que! mi hijo...

PIE. Pertenece al demonio que le ha hecho revivir, puesto que ha robado su alma á la muerte que acababa de arrancársela.

DAN. Dios mio!

PIE. Y, ay de Juana y los suyos, porque ha dormido con funesto sueño...

DAN. (*viéndola entrar.*) Silencio, aqui está... (*Juana entra en escena por la derecha, sin ver á Daniel ni Pietro; vá á arrodillarse cerca de la capilla. Pietro está de pie. Daniel, atemorizado, se sienta á la derecha.*)

PIE. (Daniel y Juana han dejado la cabaña, donde sus hijos estan, sin duda, solos.. El momento es favorable. (*reflexionando.*) Cerca de aqui, detrás de la ribera... encontraré facilmente...)

(aproximándose á Daniel, tomando su ballesta y su baston, á media voz.) A Dios, amigo.

DAN. *(lo mismo.)* Marchais ya?

PIE. *(id.)* Si, sed prudente en adelante, y cuidado con el diablo... *(examinando á Juana, y sale á la derecha, en segundo término.)*

ESCENA II.

DANIEL, JUANA.

DAN. *(observando á Juana.)* Pobre Juana! No sospecha la desgracia que nos espera... *(atraviesa la escena.)*

JUA. *(viéndole.)* Daniel, estaba inquieta! Viendo que no volviais á la hora acostumbrada... temia... pero qué teneis?

DAN. Sufro mucho.

JUA. Es preciso buscar á Sadi.

DAN. *(deteniéndola.)* No... Sadi no podria hacer nada... Sadi no entra en nuestros templos.

JUA. Cuál es nuestro mal?

DAN. He tenido un sueño espantoso, cuyo recuerdo me aterra.

JUA. Qué soñasteis?

DAN. Ya sabeis, Juana, que siguiendo algunas veces en nuestro pensamiento el porvenir de nuestros hijos, hemos dicho, que quizá algun dia se casarian.

JUA. Es verdad.

DAN. En mi sueño habian llegado á la edad del matrimonio... se amaban... Era el dia de su union, y en tanto que se dirigian al templo, un demonio impidió el paso á mi hijo diciéndole: «Joven, á mi es á quien debes tu fuerza y tus veinte años.» Y temblaba de espanto, cuando se hizo oir una voz consoladora.

JUA. Y qué decia?

DAN. Decia, que la súplica que una muger dirigiese á la madre de Jesus, puede borrar del destino de un niño la señal de un funesto preságio.

JUA. Quiero ir, Daniel, á orar á la Virgen santa.

DAN. Confiaba en vos, Juana.

JUA. La capilla de la madre del Salvador está en el monasterio, allá me dirijo.

DAN. Cuando hayais hecho esto por mi, os vendecirá al Señor!

JUA. Por vos, que nos habeis socorrido, iria, si fuera preciso, con los pies desnudos hasta el Calvario de Mesina; cuidad de nuestros hijos!

DAN. Voy á reunirme á ellos!

JUA. Y si Mateo llegase, le conducireis al lado de su hija.

DAN. Mateo! no le he visto nunca; sin embargo, si pasase por aqui, estoy seguro que le conoceria... me habeis hablado tanto de él!

JUA. Y para que no dude en seguiros, le dareis esta sortija, en la cual están escritos su nombre, el mio y el de Juanita nuestra hija.

DAN. Dios, Juana, os tendrá bajo su guarda.

JUA. Hasta luego. *(sale por la izquierda al fondo.)*

ESCENA III.

DANIEL, *despues* BEN-SADI.

DAN. *(solo.)* No, Juana... no daré esta sortija á tu esposo Mateo, porque quiero tambien, sin dilacion, marchar al monasterio con los dos niños, y estando entonces bajo la proteccion de los reverendos monges, no temeré confesar las maldiciones que el árabe ha atraido sobre nosotros con sus encantos del infierno... Vamos, Daniel, apresúrate, y no pierdas aun la esperanza. *(viendo á Sadi que acaba de entrar por la izquierda, segundo término.)* Sadi!.. Oh desgracia!...

SADI. *(aproximándose á Daniel.)* Te buscaba, Daniel; quiero pasar contigo las últimas horas de este dia; un barco maltés, que se alejará esta noche de la isla, debe llevarme á bordo.

DAN. Ben-Sadi vá á partir?

SADI. Si, parto... llevando el recuerdo de Daniel y el de Benjamin, cuyo corazon he reanimado!

DAN. Benjamin! hijo mio!

SADI. *(observándole.)* Pero qué tienes?

DAN. Oh! perdonadle, Dios mio!

SADI. Perdon dices?

DAN. Sé que debeis al infierno la existencia que le habeis dado.

SADI. Quién te ha dicho eso?

DAN. Un hombre que conoce el efecto de los sortilegios.

SADI. Y qué te ha dicho ese hombre?

DAN. Que el que aduerme á los vivos, y despierta á los muertos, es un servidor de Satanás.

SADI. O fatal ignorancia de los hombres!.. Te han dicho que era hijo del infierno, porque he vertido el bálsamo sobre tus dolores... y lo has creido, Daniel!... Pero tambien han debido decirte, que cuando un poseido toca un objeto bendito, tu Dios le confunde sin piedad... Pues bien! mira este libro santo! *(va hácia el árbol.)* Le abro, le toco, y ahora que he puesto mi mano sobre su sagrada escritura, dime si ves vibrar el rayo!

DAN. *(despues de una pausa.)* Habrá mentido ese hombre?

SADI. Dios creador, no tengas piedad de esos insensatos que se dejan agobiar por el soplo de la impostura, tan facilmente como las palmeras bajo el viento del desierto. Aproximate, Daniel, y mirame bien, para convencerte de que las garras de Satanás no están en las manos del que ha secado tus lágrimas.

DAN. *(despues de haberle mirado.)* Pero quién sois?

SADI. Escúchame; quiero antes de partir, enseñarte á conocerme, y arrojar de ese modo de tu alma la duda y la supersticion.

DAN. Os escucho.

SADI. Yo soy uno de esos iniciados de la Meca, que guarda en el santuario de la gran mezquita, las verdades desconocidas que han reunido allí nuestros padres hace dos mil años. Los iniciados declararon en consejo supremo, que habia llegado la hora de recorrer el mundo, á fin de medir su estension, de estudiar sus prodijios, y de trazar los caminos para las generaciones venideras. Uno de nosotros se encargó de la Persia y de las Indias... Otro de la Tierra de Fuego... yo fui designado para recorrer la Europa hasta sus mares de hielo!.. Recibí la bendicion de mi padre!.. Partí! Habia atravesado ya á Suez, Candia, la Calabria y Mesina, cuando llegué á esta isla de Lipari: quise estudiar sus volcanes estinguidos, sus cenizas y sus piedras calcinadas.. Porque, oye bien esto, Daniel...

DAN. Hablad, hablad, Sadi!

SADI. Mi estudio en las cuevas sulfurosas, me habia enseñado, que el aire que alli se respira debia causar un desvanecimiento, al que seguiria la muerte, si no la combatian prontos ausilios... y cuando yo vi á tu pobre hijo victima de estos miasmas mortales, torné á su débil pecho el aire vivificante y puro que dá la vida, porque iluminado por la ciencia, habia visto el camino de su salvacion...

DAN. Y os le dá tambien la ciencia...

SADI. Si, Daniel. Se ha dicho frecuentemente, que el sueño era una muerte pasagera. Mis padres refieren por el contrario, que el sueño ocultaba una segunda vida, que el creador ha envuelto en un profundo misterio; y despues de haber estudiado por largo tiempo el sueño que dá al alma facultades nuevas, han descubierto que el hombre puede sumergir el alma en esta vida desconocida; que esta alma que vé entonces sin el ausilio de los ojos, puede estender su mirada hácia lo infinito; qua esta alma esclavizada, cede á la voluntad que la dirige, y que este sueño no deja despues de él ni rastro ni recuerdo... Comprende ahora como he socorrido á Juana que moria de inquietud... Con el ausilio de esta ciencia, he guiado su pensamiento tras los pasos de su esposo, que ha vuelto á ver en un sueño; y he podido al despertarla, prometerle su regreso. Ya ves, Daniel, que no he robado nada al infierno... pero en todos tiempos, la ciencia reunida en el cerebro de un hombre, ha producido increibles beneficios, que la multitud incrédula ha llamado siempre milágros, ó tenebrosos efectos de la ciencia del diablo.

DAN. Los ciegos, Sadi, pueden dudar de la claridad del dia!

SADI. Y cuando están abiertos sus ojos!

DAN. (*descubriéndose.*) Deben marchar confiados y saludar á la luz.

SADI. (*tendiéndole la mano.*) Me has comprendido Daniel, y ahora que poseo tu confianza, quiero encargarte una buena accion, que no podré hacer, puesto que voy á partir.

DAN. Cuál es?

ESCENA IV.

BEN-SADI, DANIEL, ROLANDO.

ROL. (*que acaba de entrar por la derecha, durante la última frase, aproximándose á ellos*) Decidme, cuál es el camino de la aldea baja?

DAN. (*indicando á la izquierda.*) Por alli.

ROL. No hay un lugar en la aldea donde se reunen los liparianos que han vuelto de la guerra?

DAN. No: por qué?

ROL. Porque ignoro dónde habita uno que busco.

DAN. Le conoceis acaso?

ROL. No le he visto nunca, pero le encontraré facilmente entre todos, porque ha debido volver con el grado de capitan, y no tiene mas que veinte y cinco años de edad...

DAN. Dentro de dos horas estarán paseando los liparianos en la arboleda de los olivos, y alli distinguireis facilmente al que debe llevar cruz de oro en su pecho.

ROL. Facilmente! podria darle una gran noticia.

SADI. Buena?

ROL. Al contrario, triste; pero que deberá preparar su fortuna si es virtuoso; y su grandeza si es digno de ella.

SADI. Dios os guie!

ROL. Gracias. (*sale por la izquierda.*)

DAN. (*volviendo á la escena con Sadi.*) Qué me deciais antes, Sadi?

SADI. Que Mateo y Juana, no están aun fuera de peligro.

DAN. Quién los amenaza?

SADI. Un enemigo poderoso quizá, y contra el cual te encargo que prevengas á Mateo, asi que le conozcas.

DAN. Y quién es ese enemigo?

SADI. Un hombre que Juana ha visto con frecuencia durante sus sueños; cada vez que su pensamiento buscaba á su esposo, encontraba un hombre terrible en la sombra... Vió un dia á Mateo defendiéndose de unos asesinos, de los cuales al fin se libró, y este hombre no era estraño á esta criminal tentativa.

DAN. Cómo se lo indicaré á Mateo?

SADI. Juana le llamaba el hombre negro, porque le veia siempre vestido de este color, y llevando espuelas y malla bronceadas.

ESCENA V.

BEN-SADI, DANIEL, CARROUGES.

DAN. (*viendo á Carrouges que acaba de entrar lentamente por el fondo derecha, vestido como lo ha descrito Sadi.*) Mirad, Sadi.

SADI. El es, Daniel! es el hombre negro de quien me ha hablado Juana.

CAR. (*viéndoles.*) Habeis visto cerca de esta costa un hombre con jubon de búfalo, y armado de ballesta y baston de viage?

DAN. Le he visto ayer, y esta mañana.

CAR. Qué camino ha tomado?

DAN. (*indicando el que tomó Pietro.*) Ese que veis.

CAR. Está bien, voy á buscarle. (*sale por la derecha.*)

DAN. Qué viene á hacer este hombre á Lipari?

SADI. Viene á hacer mal... Se adelanta á Mateo, que quizá llegará esta noche.

DAN. Le tenderá algun lazo?

SADI. Es preciso saberlo.

DAN. Cómo?

SADI. Es facil: Juana me lo dirá en su sueño; dónde está?

DAN. Desgraciado! He alejado á Juana de aqui?

SADI. No está ya en Lipari?

DAN. Si... pero se dirige al monasterio.

SADI. La alcanzaré. Tú, vuelve á tu morada, y alli esperarás noticias nuestras.

DAN. Si... (*deteniéndose á punto de salir en segundo término á derecha.*) Pero... el hombre negro vuelve hácia este lado, y el que le acompaña es el que me habia enseñado á maldeciros.

SADI. (*mirándoles.*) Son dos criminales, que ven por todas partes el infierno, porque le merecen y le temen. . Hasta despues, Daniel. (*sale por la izquierda*)

DAN. Hasta despues. Evitemos tambien los malhechores. (*sale por la derecha al fondo; Carrouges y Pietro entran por la derecha en segundo término.*)

ESCENA VI.

CARROUGES, PIETRO.

PIE. Aqui podreis descansar.

CAR. Si: aqui podremos hablar. (*sentándose en la piedra, á derecha.*) Me has dicho que se realizarian pronto mis deseos... serás recompensado; pero esplícame desde luego lo que has hecho.

PIE. He sabido ayer que Juana habitaba con su hija, (*con intencion.*) con su hija... en esta costa, en casa de un tal Daniel... He descubierto esta mañana la morada de este hombre, me he introducido en ella furtivamente, durante la ausencia de Daniel y de Juana... alli he encontrado dos niños dormidos, y cerca de cada uno de ellos, en un vaso de barro, la leche preparada para su alimento... Como me habeis recomendado que evitase que las trazas de la muerte de la hija de Juana fuesen aparentes... he derramado veneno en el brevage que les estaba destinado, y acababa de salir con tanto secreto como habia entrado, cuando me hallasteis.

CAR. Está bien, Pietro... á nadie se acusará, mas que al destino, de la muerte de esta niña, de que se hablará mucho en Sicilia.

PIE. Que.... la muerte de una niña de oscuro nacimiento?

CAR. Es lo que vas á comprender. El conde Raoul el sabio, acaba de morir.

PIE. Ha muerto! Luego vos, el hijo de su hermana, vais á heredar este vasto condado?

CAR. Hoy sin duda; pero ayer no debia ser asi.

PIE. Cómo!

CAR. Escucha la lectura de su testamento, que se me ha copiado secretamente. (*se levanta, abre un pergamino y lee.*) «En el momento de parecer delante de Dios, me confieso á él, porque mi falta es grande; he abandonado á un hijo nacido de mi sangre, porque su madre era culpable. He hecho conducir al niño, bajo el nombre de Mateo, á la isla de Lipari. Dios me perdone haber castigado injustamente al hijo por las faltas de su madre... á él llamo á sucederme en esta hora suprema. Para él son mi nombre de Raoul, mi castillo, mis cinco villas, mi espada de batalla, y la cruz bendita de Santiago mártir...

PIE. Y ese Mateo, dónde está?

CAR. En Sicilia; donde le esperan dos vigorosos luchadores, que le impedirán salir para siempre del camino del Etna. Pero su muerte no bastaria, para asegurarme la herencia, porque su hija se pondria bajo la tutela de los barones de Mesina; y si nuestras precauciones...

PIE. Comprendo... (*saludándole.*) Vos sereis conde de Mesina y soberano de las cinco villas.... (*acercándose á él con misterio.*) Si los adivinos y hechiceros no os declaran la guerra.

CAR. (*asustado.*) Los temes, Pietro?

PIE. Lo confieso, señor... he visto un sarraceno cerca de aqui.

CAR. Y yo tambien.

PIE. El ha socorrido á Juana... preve sus peligros... y...

CAR. (*interrumpiéndole.*) Creo, Pietro, que todo sarraceno muerto, baja á los infiernos.

PIE. Lo creo tambien.

CAR. Dame tu ballesta. Podria, siguiendo estas rocas, encontrar en mi camino al árabe, que quizá es un preságio de desgracia. (*toma la ballesta que le dá Pietro, y se dirige al fondo.*)

PIE. Dónde nos encontraremos?

CAR. Aqui.

PIE. Y partiremos?..

CAR. Esta noche.

PIE. Está bien... sed diestro.

CAR. Y tú prudente. (*sale por la izquierda al fondo.*)

ESCENA VII.

PIETRO, *despues* DANIEL.

PIE. (*solo.*) Prudente!.. Debiera haber dicho, sé dichoso! porque es preciso que la suerte nos favorezca... pero aqui está Daniel.

DAN. (*entrando por la derecha en segundo término.*) Todavia este hombre!

PIE. Vamos, Daniel, has vuelto á ver al árabe?

DAN. Si.

PIE. Y le has maldecido?

DAN. (*sentándose á la izquierda.*) Le he bendecido.

PIE. Ya no huyes de él?

DAN. Le espero aqui.

PIE. Con qué vendrá? Entonces, dime por qué camino, á fin de que pueda tomar otro.

DAN. (*indicando la izquierda.*) Vendrá probablemente por aqui.

PIE. (Mi señor ha tomado el buen camino.) Yo que no quiero encontrarle, tomaré este.

DAN. Como quieras. (*Pietro sale por la derecha.*) Sadi debe venir á mi casa, y no tengo paciencia para esperarle... (*se levanta.*) Los niños se habian dormido, fatigados por el calor del dia.. subí á la roca .. nada, nada! Y á qué esta inquietud, si Sadi no puede estar aun de vuelta; habrá visto á Juana! Quién sabe!..

SADI. (*esteriormente.*) Daniel! Daniel!

DAN. Quién me llama? Sadi!

ESCENA VIII.

DANIEL, SADI.

SADI. (*entra vivamente y en desorden por la izquierda, sin albornoz. Con voz agitada.*) Daniel!

DAN. Qué teneis?

SADI. Nada. Dime, has vuelto á ver á los niños?

DAN. Acabo de dejarlos.

SADI. Y les has dado el alimento que Juana trajo para ellos?

DAN. Aun no... y pensaba...

SADI. Conque no les has dado, ninguna bebida, ningun brevage?

DAN. Ninguno.

SADI. Gracias á Dios, Daniel!

DAN. Por qué?

SADI. Porque ese brevage estaba envenenado.

DAN. Dios mio! Y quién ha cometido este crimen?

SADI. El hombre negro, ó su cómplice.

DAN. Miserables!.. Habeis visto á Juana?

SADI. Mi pensamiento se adelantaba hácia ella con tanto ardor, que Juana, como acometida de un prodigioso presentimiento, parecia venir á mi encuentro... Apenas habiamos hablado algunas palabras... ya dormia, y su pensamiento rápido veia á Mateo, su esposo, en una barca á algunas leguas de la isla.

DAN. Vá á venir?

SADI. Esta noche, sin duda. Habia apenas dirijido la mirada de Juana hácia su hija, cuando apercibió á su lado el peligroso brevage... Asustado, me apresuré á despertar á Juana á quien dejé sin alarmar su corazon... Ella continuaba su camino y yo corria hácia ti, cuando una flecha silvó á mis oidos... Sobrecogido, pensaba en el hombre negro, cuando otra flecha que cayó á mis pies, me hizo ver que servia de blanco al asesino...

DAN. Dios mio!

SADI. Pero yo emplee para librarme de una estratagema árabe.,. Fingí que estaba herido, y me arrastré vacilando al borde de un barranco, y alli tendiéndome á tierra, dejé caer mi albornoz en el espacio. Oí pronto los pasos de mi asesino, que bajaba al barranco para ir á acabar con su víctima, y aprovechándome de su error, he corrido hasta aqui... donde, gracias al cielo, he llegado á tiempo para prevenirte... (*cae fatigado en la piedra á la derecha.*)

DAN. Dios sea loado! Y sabeis la causa del odio de ese hombre?

SADI Al ver á Mateo en la mar, Juana ha distinguido sobre su pecho la cruz de oro de los capitanes.

DAN. Entonces á él es á quien busca ese hombre, que trae á un joven capitan el secreto de una fortuna.

SADI. Y para apoderarse de esta fortuna, sus enemigos han resuelto matar al capitan y á su hija. Pero Dios mediante, no lo conseguirán. Impediré que Mateo caiga entre sus manos; y tú, Daniel, librarás á su hija; es preciso que la ocultes lejos de aqui.

DAN. Tengo amigos en la isla.

SADI. Lleva alli los dos niños, y busca á Juana para prevenirla...

DAN. Marcho... (*se dirige á derecha; deteniéndose.*) Y vos, cuya vida está en peligro?

SADI. La embarcacion maltesa que debe conducirme, va á hacerse á la vela. Ya no nos volveremos á ver mas, Daniel. (*le tiende las manos; Daniel las estrecha en las suyas con efusion.*) Debemos antes de separarnos, orar á Dios, que nos ha permitido socorrer á una familia desgraciada... Defender á los suyos es un deber... pero amparar á los desconocidos, es mas que deber... es virtud! Tarde ó temprano, Daniel, sereis recompensado! (*se abrazan.*) A Dios! Paz y felicidad!

DAN. (*con esfuerzo.*) A Dios! (*sale por la derecha.*)

ESCENA IX.

La noche viene gradualmente durante esta escena.

SADI. (*solo.*) Dos hombres buscan á Mateo; uno para darle noticias y defenderle; otro para su perdicion. Es preciso que Mateo no encuentre mas que al que debe protegerle. Mateo se reunirá al hombre que le buscaba en la arboleda de los olivos, y á quien he avisado. (*saca un pergamino y escribe.*) Juana me ha dicho con frecuencia, que el primer cuidado de su esposo al llegar aqui, seria el de dar gracias al buen genio de la costa. (*se dirige al árbol.*) Y este pergamino, puesto en el libro, y dirigido al capitan Mateo; llamará su atencion. (*le pone en el libro santo y le cierra.*) No debo temer que este escrito caiga en poder del hombre negro. Los impios no vienen a rezar... Oigo pasos en las rocas... Si fuera Mateo, podria... (*deteniéndose.*) Y si fuera uno de sus asesinos!.. No, no puedo esponerme! Mi vida no es mia! Parto confiando en ti, Providencia! Cojan algun dia los que yo he socorrido las flores que para ellos sembré. Yo vuelvo á tomar el camino que me trazaron mis hermanos! (*sale lentamente por la izquierda.*)

ESCENA X.

MATEO *solo; entra por la derecha agitado.*

Esta es la capilla... Pronto abrazaré á mi esposa y á mi hija! Huye de la memoria, triste dia de la partida: pero queda siempre en mi recuerdo, dia dichoso del regreso. Y tú, genio tutelar què has guiado mi barca hasta el puerto de mi isla natal, recibe mi plegaria de amor y reconocimiento. (*abre el libro y encuentra el pergamino.*) Qué pergamino es este? «Al capitan Mateo?..» Cómo han sabido ya?... Qué misterio!.. Veamos. «No des un paso mas, capitan; los asesinos que han resuelto tu muerte para apoderarse de tu nueva riqueza, te acechan!» Riqueza! «Pero un hombre que te trae el secreto de tu porvenir, estará á tu lado, asi que le hagas oir el sonido de la bocina.» Riqueza! ó un secreto!.... Llamemos á ese hombre; él es quien me escribe, sin duda. (*toca una bocina.*) No oigo nada. (*responden.*) Han respondido... vá á venir. Si fuera un lazo de los infames que me han atacado en el camino del Etna. No, los asesinos no atacan de frente... Ya viene... (*mirando á Rolando que entra lentamente.*) No conozco á este hombre!

ESCENA XI.

ROLANDO, MATEO.

ROL. (*entra por la derecha al fondo, deteniéndose á distancia.*) Sois vos, el que ha dado la señal, á que he respondido?

MAT. Yo soy.

ROL. Cómo os llamais?

MAT. El capitan Mateo.

ROL. Os busco, hace dos dias.

MAT. De dónde venis?

ROL. De Sicilia.

MAT. Y qué me traeis?

ROL. El testamento de vuestro padre.

MAT. Mi padre ha muerto?

ROL. Ha muerto.

MAT. Por qué se ha ocultado á mi durante su vida?

ROL. Se ha arrepentido.

MAT. Y que dispone en su testamento?

ROL. Que seais dueño de sus castillos y sus villas!

MAT. Yo? Cómo se llamaba mi padre?

ROL. Raoul el sabio.

MAT. Raoul! es un sueño!

ROL. Es la realidad!

MAT. Y quién sois vos?

ROL. El escudero Rolando.

MAT. El guerrero Rolando!

ROL. Que ha cerrado los ojos de vuestro padre!

MAT. Y quién os ha guiado hácia mi?
ROL. Esta carta, en la que me deciais que el sonido de vuestra bocina me llamaria aqui, donde me esperabais.
MAT. Yo no os la he escrito, y á no ser por la que dejasteis en este libro, estaria lejos de aqui.
ROL. No he sido yo... pero quién?..
MAT. (*dándole su carta.*) Mirad!
ROL. (*comparándolas.*) Es la misma letra!.. estraño misterio!... Cualquiera que sea su autor, es amigo nuestro, y debemos aprovechar el encuentro que nos ha preparado... Capitan, dónde habeis dejado la barca que os ha traido?
MAT. En el puerto.
ROL. Es preciso alejarnos al momento.
MAT. Y mi muger! y mi hija!
ROL. Las tomaré bajo mi proteccion.
MAT. No, quiero yo mismo...
ROL. Si dais un paso mas... sois muerto,
MAT. He arrostrado tantas veces la muerte... (*se dirige al fondo.*)
ROL. (*deteniéndole.*) Entonces no erais mas que Mateo; ahora sois Raoul de Mesina!
MAT. Es verdad! no me pertenezco; cedo y confio los que amo al mejor amigo de mi padre.
ROL. El nombre de vuestra muger...
MAT. Juana.
ROL. Su morada!
MAT. Plaza de Santa Maria, en la Aldea baja.
ROL. En que me reconocerá por uno de vuestros mensageros!
MAT. En esta cadena de sus cabellos, (*la quita de su cuello y la dá á Rolando.*) que ha trenzado para mi.
ROL. Está bien!
MAT. Dónde debo ir ahora?
ROL. Al castillo de Mesina, y la cruz de Santiago, que pongo en vuestras manos os dará á reconocer!
MAT. (*tomándola.*) Mia la cruz de Santiago!
ROL. Id, y mañana vuestros vasallos saludarán á vuestra esposa y á vuestra hija.
MAT. Hasta mañana!
ROL. Hasta mañana! (*Mateo sale por la derecha.*) Ha marchado... y gracias al sér misterioso que nos ha escrito á los dos, Mesina no tendrá por soberano á Carrouges el impio... Ahora cumplamos nuestra mision... plaza de Santa Maria, en la Aldea baja... Juana. (*va á salir por la izquierda y encuentra á Carrouges.*) Quién va allá!..

ESCENA XII.

CARROUGES, ROLANDO.

AR. Y tú, quién eres?
OL. Soy hombre de armas.
AR. Yo tambien...
OL. (*reconociéndole.*) El señor de Carrouges!..
AR. (*id.*) Rolando el escudero!
OL. Quién te ha traido á Lipari?
AR. Un imperioso deber; y á ti?
OL. A mi? Lo mismo... (Viene quizá para atacar á Mateo!)
R. (Tal vez viene por la hija de Mateo!)
OL. (*indicando la izquierda.*) Tomo este camino, y tú?
R. Yo? Me quedo aqui.
OL. Como quieras.
CAR. (No ha llegado tan pronto como debiera!
ROL. (Ha llegado tarde!) (*sale por la izquierda.*)

ESCENA XIII.

CARROUGES, *despues* PIETRO.

CAR. (*solo.*) No, condes y barones; no será la hija de Mateo condesa de Mesina... y sin embargo, dudo y tiemblo... temo aun la mágia... Este sarraceno á quien he visto caer, y cuyo cadáver no he encontrado...
PIE. (*corriendo agitado por la derecha.*) Sois vos, señor?
CAR. Si... qué hay?
PIE. Fatigado de esperar, he entrado en la cabaña de Daniel, y la he hallado desierta.
CAR. Y los niños?
PIE. Han desaparecido.
CAR. Y el brevage?
PIE. Por el suelo!
CAR. Maldicion!.. Quién ha podido revelar?..
PIE. La mágia! los demonios, los hechiceros!
CAR. Oh! Sarraceno del infierno!.. Oh! fatal ciencia del diablo... me habrás vendido! (*cae agitado sobre la piedra á la derecha.*)

La voz de Juana repetida por el eco.

Oye el humilde ruego
que te dirijo
ECO. Que te dirijo,
JUA. Yo espero confiada
tu firme ausilio.
ECO. Tu firme ausilio.

PIE. (*que ha ido á mirar al fondo, volviendo á Carrouges.*) Nos hemos salvado! Esta voz es la de Juana.
CAR. (*levantándose.*) Esta voz se eleva del fondo de las aguas.
PIE. No; es el eco que os engaña; miradla cerca de esa cruz, al resplandor de la luna...
CAR. (*yendo á ver.*) Es ella!
PIE. Será preciso que la madre nos conduzca á donde está su hija.
CAR. Y si la protege el hechicero!
PIE. Teneis razon... huyamos.
CAR. (*deteniéndole.*) No... quiero aun desafiar al infierno!

(Juana vuelve á su canto, que el eco repite, mientras que Carrouges procura decidir á Pietro que quiere huir; un momento despues, marchan lentamente al encuentro de Juana, que durante este juego de escena, ha vuelto á entonar el cántico que repite por el eco.)

JUA. (*dentro cantando.*) Eco de la ribera, etc.

FIN DEL PROLOGO.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

Paisage pintoresco en la montaña, á algunas leguas de Mesina: á la izquierda, en segundo término, una casa rústica, oblicua; dos caminos laterales á derecha, delante y detras de la casa: otros dos del lado opuesto. Un banco de piedra en primer término, á izquierda. Salida al fondo por el paisage que tiene por horizonte al monte Etna.

ESCENA PRIMERA.

BENJAMIN, *despues* RAQUEL.

BEN. (*entrando por la derecha, y dejando una ba-*

llesta cerca de la casa.) Renuncio á la caza... Ya no tiene encantos para mi... antes crei que Raquel era mi hermana... pero hoy, que puedo llamarla mi prometida... todo lo que me aleja de ella, me importuna. (*viéndola salir de la casa.*) Aqui esta!

RAQ. (*pensativa sin verle.*) Saber su porvenir, es ver á través de las tinieblas... Y sin embargo, esto me asusta.

BEN. (En qué pensará?)

RAQ. Si, antes de escuchar á ese marino, que sabe leer en las estrellas, consultaré á Benjamin.

BEN. (*aproximándose.*) Buenos dias, Raquel.

RAQ. Benjamin! .. Ya de vuelta!

BEN. (*tendiéndole la mano.*) Oh! nunca para mi!

Cómo sin caza?

BEN. Porque hay tanta gente en los caminos de las montañas, que los pájaros asustados han huido á la llanura.

RAQ. Y toda esta gente se dirige sin duda al camino de Taormina, para buscar la cruz de Santiago, que ha perdido nuestro soberano Raoul de Mesina.

BEN. Y para prender á un hechicero, que se ha refugiado en la montaña.

RAQ. Un hechicero?

BEN. Sabiamos que el conde Raoul habia perdido la cruz protectora de su condado; pero ignorábamos los sucesos de que provenia esta desgracia.

RAQ. Cuáles son?

BEN. El dia en que el conde Raoul, conducido por su caballo desbocado, perdió la cruz Santa que llevaba á su cuello, todos los habitantes de Mesina buscaban en su supersticion habitual la causa de un accidente de tan mal augurio, cuando se acordaron que la víspera, habian visto á un árabe detenerse delante de la fuente del castillo de Mesina, mientras que los escuderos daban de beber al caballo que el conde se preparaba á montar. No fué preciso mas para que se afirmase que el árabe era un hechicero, que habia echado en el agua de la fuente algun filtro infernal, para encantar al caballo; y la multitud irritada se apoderó del árabe, que fué aprisionado en el castillo del conde... para conjurar al maleficio, se decretó su muerte; pero llegó á escaparse.

RAQ. Y ha tomado el camino de la montaña?

BEN. Está cercado de soldados, que llevan su decreto del conde Raoul, condenando á muerte al árabe y á sus hijos, y á cualquiera que intentase proteger al genio malo!

RAQ. Por qué condenar asi á los niños inocentes?

BEN. Porque dicen que el que ausilia al demonio, queda poseido; asi como todos los que nacen de su sangre.

RAQ. Al rogar por el pobre fugitivo, demos gracias á Dios, que parece haber escogido este dia para dirigir á nuestro padre al mercado de Taormina.

BEN. Si, nuestro padre se hubiera ya perdido quizá; porque quiere, hace quince años, devolver á un árabe, lo que un árabe hizo por él, ó mas bien, Raquel, lo que hizo por nosotros.

RAQ. Sin él no nos hubiéramos conocido!

BEN. Ni nos habriamos amado!

RAQ. Dime, qué hariais si viniese á llamar á nuestra puerta?

BEN. Dices eso, hermana, como si le temieses y le esperases á la vez.

RAQ. Confieso que...

BEN. Tenemos el mismo pensamiento, Raquel... y si viniese... pero no pensemos en ello... no tratemos de prever, y dejemos á la Providencia el cuidado de lo que suceda.

RAQ. Es verdad..! Y dime, qué te contaba esta noche, nuestro nuevo vecino, el marino, con quien has estado hablando tanto tiempo?

BEN. Me contaba sus peligros, sus viages.

RAQ. El que viaja mucho vé tantas cosas!..

BEN. Y adquiere tantos conocimientos...

RAQ. Si, el marino posee uno maravilloso, que utilizará en mi favor.

BEN. Y cuál?

RAQ. Me ha dicho que los marinos aprenden á leer en los astros... y me ha prometido buscar mi estrella, para revelarme el porvenir.

BEN. Guárdate, Raquel, de interrogar al porvenir... La dicha que se espera viene lentamente; la desgracia que se preve entristece de antemano.

RAQ. Tienes razon, hermano mio.

BEN. (*indicando al esterior.*) Pero se acerca un hombre que apenas puede andar.

RAQ. Viene hácia aqui

BEN. Parece que teme ser perseguido!

RAQ. Será el árabe?

BEN. El es, Raquel! (*retroceden cerca de la casa.*)

ESCENA II.

Dichos, BEN-SADI.

SADI. (*entrando agitado, sin verles, por la derecha.*) Por ahora estoy libre... por última vez, porque mis pies magullados, dejarán pronto detrás de mi el rastro de mis pasos.

RAQ. Cómo debe sufrir!..

SADI. Cristianos!.. no me quedan fuerzas para huir!..

RAQ. Parece que tiembla...

BEN. Es preciso tranquilizarle. (*pasa á su derecha.*)

SADI. (*queriendo alejarse.*) Vamos, hagamos un esfuerzo!

BEN. Dónde vais?

SADI. Donde vá el náufrago arrastrado por la tempestad!..

BEN. Dios da al náufrago el socorro de sus hermanos.

SADI. Los que pudieran socorrerme están lejos de estas montañas.

BEN. Quizá... mirad esta casa hospitalaria.

SADI. La acogida de un Siciliano no se dirige á mi.

BEN. La hospitalidad no escoge los hombres. Entrad!

SADI. Si supierais quien soy?..

BEN. Sois un árabe escapado de Mesina.

SADI Lo sabeis, y sin embargo...

BEN. Hermana, conduce á nuestro huesped al hogar de la familia!

RAQ. Venid!

SADI. (*deteniéndose en el momento de tomarla la mano.*) Pero no quereis perderme?

RAQ. Nosotros...

BEN. No nos conoce, hermana, es preciso poder

narle esta injuria... No sabe que nuestro padre nos ha enseñado á despreciar á Judas, y que para nosotros, hospitalidad no quiere decir traicion.

SADI. Jóven, perdonad mi ofensa.

BEN. La he olvidado.

RAQ. (*á Sadi, tomándole de la mano.*) Venid á descansar... el reposo dá la fuerza, y la fuerza el valor.

SADI. (*dirigiéndose á la casa con Raquel.*) Tanta generosidad!.. Y habia de esponeros... no, dejadme partir... porque no sabeis lo que os costaria vuestra noble accion.

BEN. Esta casa tiene dos salidas; podeis huir por una, si se intenta entrar por la otra... Es preciso socorrer á los desgraciados y agradar á Dios sin inquietarse de los hombres.

SADI. Quién os ha dicho eso?

BEN. Mi padre, y el Evangelio.

SADI. Ya no dudo... Dios que os vé y os oye, bendecirá este techo hospitalario!

BEN. Que vienen, apresuraos!

RAQ. (*conduciéndole.*) Venid! (*entra con Sadi.*)

BEN. (*mirando á la derecha.*) Es el viagero! no conozco á este hombre mas que desde ayer, y seria imprudente confiarme á él. (*toma su ballesta, entra y cierra la puerta.*)

ESCENA III.

CARROUGES, *despues* PIETRO, *despues* RAQUEL.

CAR. (*entra lentamente examinando la escena.*) Nadie aun... la puerta permanece cerrada, pero no tardará en abrirse, y entonces sabré si Benjamin sale al encuentro de su padre; y si hallaré á Raquel mas dispuesta para conocer su porvenir... y para fiarse de mi... por qué no saldrán? (*mira con precaucion por entre las rendijas de la puerta. Pietro entra por la derecha, sin ver á Carrouges.*)

PIE. Me han asegurado que el sarraceno estaba cerca de aqui. (*viendo á Carrouges.*) Quién será ese hombre?.. Quizá el sarraceno disfrazado... examinémosle... (*se aproxima.*)

CAR. Alguien se acerca... podrán creerme un espia... (*queriendo salir por el fondo.*)

PIE. (*impidiéndole el paso*) Eh! amigo, dónde se vá?

CAR. Que te importa? Y qué quieres?

PIE. Saber si eres cristiano.

CAR. Es facil de probar.

PIE. Cuál es tu nombre?

CAR. Y cuál es el tuyo?

PIE. Pietro!

CAR. Pietro!

PIE. Carrouges!

CAR. Pietro vivo! no te creia ya en este mundo!

PIE. Y yo os contaba ya en el otro! Dónde habeis estado metido desde hace quince años?

CAR. Muy lejos de aqui. Y qué vienes á hacer en esta montaña, á los alrededores de Mesina!

PIE. Vengo á buscar fortuna.

CAR. Es decir; que como tantos otros buscas la cruz santa y al hechicero maldito.

PIE. Justamente; y vos tambien?..

CAR. No! yo tengo otras esperanzas.

PIE. Cuáles?

CAR. Yo quiero reinar en Mesina.

PIE. Todavia! Quizá tendreis derecho á ello, cuando muera Raoul, en otro tiempo Mateo; puesto que ha quedado viudo de Juana, y no ha vuelto á saberse de su hija... Pero es mucho mas jóven que vos.

CAR. Seré su heredero antes de ocho dias.

PIE. Sabeis que por haber intentado hace quince años ser el de su padre?..

CAR. No es ya lo mismo!

PIE. No continuais proscripto?

CAR. Si.

PIE. Y si os viesen en Mesina?

CAR. Por eso no he entrado en ella.

PIE. Por otra parte, ya sabeis que el diablo está contra vos.

CAR. Ya no, Pietro.

PIE. Quién os lo ha dicho?

CAR. El mismo diablo.

PIE. Habeis visto al diablo?

CAR. Tú no sabes dónde he pasado mi vida desde que nos separamos?

PIE. Dónde!

CAR. En el infierno.

PIE. En el infierno?

CAR. Sabes que hace quince años fueron muertos y dispersos los aventureros que habia reunido para atacar á Mateo?

PIE. Como que era del número de ellos.

CAR. Sabes tambien que vendi á Juana á un corsario judio, que conducia esclavos europeos á islas lejanas de donde no se vuelve jamás, y que me vi obligado á dejar la Sicilia para escapar de la muerte?

PIE. Entonces fué cuando nos separamos.

CAR. Pues bien; marchaba á la ventura, cuando me encontré con una multitud de europeos, que conducidos por un ermitaño, se dirijian á batallar con los sarracenos que, segun decian, habitaban un pais maravilloso; me uní á ellos, y despues de atravesar ciudades y desiertos, nos hallamos frente á los árabes; el combate fué sangriento, y yo fuí hecho prisionero.

PIE. Mal principio.

CAR. He vivido quince años en Arabia y mezclándome á sus ritos y costumbres, he adquirido los conocimientos mas terribles y secretos.

PIE. Vos, señor de Carrouges?

CAR. Si, Pietro; ahora sé como se mata, sin dejar el menor vestigio... Conozco los encantos y los filtros, sé leer los mas ocultos secretos... Hasta la suerte favorece mis designios.

PIE. Cómo?

CAR. Permitiendo que Mateo se enriquezca, lo que yo no hubiera sabido hacer.

PIE. Ciertamente.

CAR. Y sobre todo, haciendo desaparecer del mundo á su hija, que ni Daniel ni nosotros hemos podido encontrar.

PIE. Es un verdadero golpe de fortuna!

RAQ. (*saliendo de la casa.*) Si estoy segura que es él. (*atraviesa la escena.*)

CAR. (*adelantándose hácia ella.*) Dónde vais, jóven?

RAQ. Al encuentro de nuestro padre, á quien acabo de ver desde la ventana. (*sale á la derecha corriendo.*)

CAR. Su padre! otro guardian que será preciso engañar!

PIE. (*que ha seguido á Raquel con la vista.*) Quién es esa joven?

CAR. Mi mas querida esperanza.

PIE. No comprendo.

CAR. Los que como yo tienen el secreto de la ciencia mágica, no podrian realizar nada sin el ausilio de una criatura dotada, de lo que nosotros llamamos doble vista, y esa jóven, á quien por una dichosa casualidad he encontrado en la montaña, posee, segun he podido descubrir por ciertos síntomas, esta facultad maravillosa. Si llego á tenerla en mi poder por una hora, sabré sumirla en una vida misteriosa y mágica, durante la cual me dirá todos los secretos de Raoul, indicándome los caminos que puedan conducirnos sin peligro hasta el centro de su palacio... Para esto, me he hecho el amigo de su hermano, y he venido á habitar hace dos dias, y á algunos pasos de aqui, una cabaña, á la que voy á conducirte; y alli te diré, si quieres serme útil, lo que has de hacer para servirme.

PIE. Recuerdo que en otro tiempo me prometisteis la fortuna, y me disteis la miseria.

CAR. En otro tiempo, no poseia la ciencia...

PIE. Y la condenacion?

CAR. Los ignorantes son los condenados, sigueme. (*vanse por la izquierda.*)

ESCENA IV.

DANIEL, BENJAMIN, RAQUEL.

BEN. (*saliendo de la casa.*) Es preciso que nuestro padre sepa al momento que se ha refugiado el árabe... pero aqui llega... (*saliendo á su encuentro.*) Padre mio!

DAN. (*entrando con Raquel por la derecha.*) Buenos dias, hijo mio!

BEN. Buenos dias, padre... Sentaos...

RAQ. Si... debeis estar muy fatigado.

DAN. Gracias, gracias, hijos mios; al fin estamos reunidos... Vamos, acercaos... No sé como se puede vivir sin hijos.

BEN. Y qué tal vuestro viage?

DAN. Afortunado!.. Pero decidme, qué ha pasado durante mi ausencia?

BEN. (*dudando.*) Un árabe perseguido se ha refugiado en nuestras montañas.

DAN. Si, lo he oido decir.

RAQ. Le hemos visto moribundo de hambre y de fatiga!

DAN. Y qué habeis hecho?

BEN. Le hemos dado asilo.

DAN. Bien, hijos mios; habeis reemplazado dignamente á vuestro padre .. Es preciso ocultar á ese desgraciado hasta que pueda escaparse.

BEN. Padre, la muerte es el castigo del que le socorra.

DAN. Si se tuviese en cuenta el peligro, dejariamos ahogar á nuestros hermanos.

BEN. Tambien perecen los hijos por la noble accion de su padre.

DAN. Tambien los hijos!.. (*queda pensativo.*)

RAQ. Pero la puerta se abre! El árabe quiere alejarse sin duda.

DAN. Qué hacer, Dios mio?

RAQ. (*al árabe.*) Quereis ya partir?

SADI. (*cerca de la casa.*) Si, lo quiero, porque debo.

BEN. (*aproximándose.*) El peligro subsiste aun?

SADI. Tengo la fuerza necesaria para arrostrarlo! Yo no tengo mas que una sola cosa que pediros!

BEN. Qué deseais?

SADI. Saber vuestro nombre!

BEN. Me llamo Benjamin.

SADI. Benjamin! y vuestro padre?

DAN. (*adelantándose.*) Daniel!

SADI. Daniel!..

DAN. Que siempre está dispuesto á daros la mano.

SADI. Como hace quince años en el camino de la costa...

DAN. Ben-Sadi!

BEN. (*á Raquel.*) Hermana mia, es el hombre que nos salvó.

DAN. Vos, perseguido!

SADI. (*señalando á Benjamin.*) Y dime, Daniel, este jóven?

DAN. Es el que socorristeis en otro tiempo.

SADI. El!.. y esta jóven es sin duda?..

DAN. Silencio!.. Vigilad, hijos mios, no nos sorprendan.

BEN. No tengais cuidado, padre, vamos á ponernos de centinela, y si acaso, os avisaremos... Ven, Raquel. (*vanse por el fondo.*)

ESCENA V.

DANIEL, SADI.

DAN. Esta jóven, Sadi, es la hija de la pobre Juana.

SADI. Y qué ha sido de su madre?

DAN. No la he vuelto á ver.

SADI. Y á su padre?

DAN. Tampoco. Poco despues de vuestra partida, el hombre negro, capitaneando una horda de bandidos, buscaba por todas partes á la pobre niña, y yo dejé la isla para sustraerla á sus pesquisas... Pero en tanto que erraba á la ventura con los dos niños, sin socorros, sin amigos... la miseria nos acosaba cruelmente, y me ví obligado, para conjurarla, á refugiarme en Calabria, donde mi trabajo podia alimentarles; y lo hice cambiando el nombre de Juanita en el de Raquel... Durante este tiempo Juana y Mateo han sido víctimas, sin duda, de su implacable enemigo; porque no oido hablar nunca de ellos.

SADI. Y por qué temias que hablase de su madre delante de ella?..

DAN. Porque no he dicho nada á Raquel de su pasado... He dejado creer á estos niños que eran hermano y hermana, hasta que el deseo de casarlos, me ha obligado á desengañarlos; pero cuando les he dicho que Dios me habia dado el uno, y la casualidad el otro... he rehusado decirles cual debia á Dios, y cual á la casualidad; porque al revelar la verdad á Raquel, hubiera sentido que me despojaba de una parte de mi corazon y de mi alma.

SADI. Comprendo, Daniel; pero cuando se casen...

DAN. Entonces, daré á Raquel una sortija, solo recuerdo de su madre, y no temeré contarla su historia, puesto que no sabrá que soy su padre, hasta que esté casada con mi hijo.

SADI. Bien; y por qué os encuentro en Sicilia?

DAN. Porque amo el pais que me vió nacer, porque con mi trabajo he llegado á ser bastante rico para adquirir cerca de Mesina un campo que cultivo con mis hijos.

SADI. Solo el cielo tiene el secreto de nuestros destinos.

DAN. Y cual ha sido el vuestro, Sadi?

SADI. He cumplido hasta el cabo mi dificil mision. He recorrido la Europa, y despues de quince años de fatigas y peligros, habia enviado á mis hermanos de la Meca las últimas páginas del libro en que están escritos mis trabajos... Iba á volver á su lado: llegué á Mesina; y estaba pronto á embarcarme, cuando Dios pareció decirme: no irás mas allá?

DAN. Y cómo?

SADI. El dia en que llegaba á Mesina, el conde, Raoul perdia la cruz patrona de sus estados y los hombres asustados tenian necesidad de sacrificar una victima para conjurar el miedo... Se me acusa de haber producido, por yo no sé qué poder, esta irreparable desgracia... Y Raoul, alucinado como los demas, promete mi muerte á su pueblo. Sin embargo pude evadirme; pero fui perseguido hasta aqui, donde mi muerte es cierta, porque los caminos están tomados, y los hombres sedientos de mi sangre.

DAN. Tal vez podais libraros.

SADI. No, Daniel; Dios ha querido frecuentemente que los que han trabajado por los hombres, muriesen victimas de los hombres.

DAN. Y si encontraseis la cruz bendita perdida por nuestro dueño?

SADI. No me salvaria! Raoul promete favor al cristiano que la encuentre, y yo soy mahometano.

DAN. Es verdad; pero yo no quiero que muera mi salvador... entrad en mi casa, voy á llamar á mis hijos... y juzgareis.

SADI. Si, voy á entrar; pero antes dame tu mano. (*estrechándola.*) Gracias!

DAN. Id, no nos haremos esperar!

SADI. (*entrando en la casa.*) Gracias, Daniel!

DAN. Llamemos pronto á Raquel y Benjamin... (*se dirige al fondo.*) Me han visto y vienen... (*volviendo á la escena.*) Mis hijos son cristianos y podrán obtenerlo todo de Raoul... si.

ESCENA VI.

DANIEL, RAQUEL, BENJAMIN.

RAQ. (*entrando.*) Nos llamais, padre?..

DAN. Venid, hijos.

BEN. Dónde está el árabe?

DAN. (*señalando á la casa.*) Alli!

RAQ. Nuestro salvador.

DAN. Habeis comprendido?

BEN. Todo, padre: y qué habeis resuelto?

DAN. Que es preciso recompensarle lo que ha hecho por vosotros.

BEN. Si, pero el medio?

DAN. Escuchad! Si yo me vistiese en trage de Sadi!.. Si entonces me espusiese en las alturas de las montañas á las miradas de los que le buscan...

BEN. Os perseguirian!..

DAN. Y Sadi podria llegar facilmente á la costa por un camino abandonado.

RAQ. Pero pronto seriais preso y reconocido.

BEN. Juzgado y sentenciado á muerte.

DAN. El conde Raoul de Mesina, no ha prometido al que le entregase la cruz perdida, el favor que pidiese?

BEN. Es verdad?

DAN. No es un señor leal?

BEN. Moriria mas bien que faltar á un juramento... pero por qué?

DAN. (*sacando la cruz de su pecho.*) Aqui teneis la cruz bendita que he encontrado en mi camino.

BEN. *y* RAQ. Gran Dios!

DAN. (*dándosela á Raquel.*) Tómala, hija mia, ella te servirá para obtener mañana la gracia de tu padre.

BEN. Guardad esta cruz, padre; ella os volverá vuestro hijo; porque yo soy el que va á tomar el lugar del árabe. (*sube á la escena.*)

DAN. No, Benjamin; el mas viejo debe partir primero; por otra parte no sucederá nada... mi gracia está en vuestras manos... Tened cuidado de esta cruz... y voy á llamar á Sadi. (*entra en la casa.*)

BEN. No te asustes, hermana.

RAQ. (*poniendo la cruz en su limosnera.*) No tengo miedo alguno, y creo que este talisman, que está en nuestras manos, debe permitirnos desafiar la desgracia.

DAN. (*volviendo con agitacion.*) Hijos mios!

BEN. Qué teneis?

DAN. El árabe ha desaparecido.

RAQ. Desaparecido!

BEN. La salida que le habiamos indicado...

DAN. Me ha dejado estas lineas escritas. Escuchad.. (*leé.*) «Sospecho, Daniel, lo que tu corazon quiere emprender; no quiero que los que merecen vivir, se espongan á morir por mi... A Dios... Rogad por Ben-Sadi, que os bendice y os ama.» (*hablando.*) Ha rehusado, porque no sabe... Pero no puede estar lejos, y yo sabré alcanzarle. (*va á tomar su capa y su baston, cerca de la casa.*) Conozco mejor que él l s revueltas del solo sendero que ha podido tomar.

RAQ. Padre, reflexionad!

DAN. (*poniéndose en medio de eltos.*) Hace quince años, Raquel, que el árabe vino á avisarme, á través de las flechas que contra él se lanzaban, que la muerte amenazaba á uno de nosotros... Hijos, voy á hacer mi deber; aprended el vuestro. (*vase por la izquierda detrás de la casa.*)

BEN. Y yo no podré nada... Para él solo el peligro?

RAQ. Esperemos, hermano.

ESCENA VII.

BENJAMIN, RAQUEL, JUAÑA.

JUA. (*entra por la derecha y parece examinar con indecision los diversos caminos.*) Quizá tomando este camino, podré ver de lejos á Mesina pero si me alejase de ella... Es tarde... Preguntemos... (*á Benjamin.*) Podreis indicarme el camino para llegar mas pronto á Mesina.

BEN. (*indicando á su derecha.*) El que veis aqui.

JUA. Gracias. Estoy próxima á la villa?

RAQ. Podreis llegar allá á la noche; está lejos de aqui.

JUA. (*aproximándose á Raquel.*) Lejos?

RAQ. Cerca de dos leguas.

JUA. Y llamais á esto lejos!.. Si como yo hubie-

rais andado mas de mil para llegar hasta aqui!
RAQ. Mas de mil leguas!
BEN. Y de dónde venis?
JUA. De mas allá de los mares!
BEN. Sin embargo, sois europea?
JUA. De Sicilia
BEN. Quién os condujo tan lejos de vuestro pais?
JUA. Un infame que me vendió como una esclava.
RAQ. Esclava!
BEN. Hace mucho tiempo?
JUA. Oh! si, mucho tiempo... No he podido contar los años.
RAQ. Y teneis aqui familia?
JUA. Tenia un esposo y una hija.
RAQ. Y los buscais?
JUA. Los busco.
BEN. Sabeis que aldea habitan?
JUA. La isla de Lipari, cuyos caminos estan interceptados.
BEN. Si, porque se quiere impedir el paso á un hechicero á quien se persigue.
JUA. Y yo voy á Mesina para suplicar al soberano Raoul, que permita el paso á una pobre muger que espera al menos encontrar alli la tumba de aquellos, de quienes ha sido separada tan cruelmente.
BEN. El conde Raoul, que acaba de sufrir una pérdida, se ha encerrado triste y solitario en su palacio, y dudo que podais verle.
JUA. Suplicaré... y si es preciso, esperaré. (*se dirige al camino de la derecha.*)
BEN. Pobre muger!
RAQ. Podriamos hacerla un gran favor.
BEN. Si puede ser... pero cómo?
RAQ. Escuchad! (*á Juana.*)
JUA. Qué quereis?
RAQ. Si no podeis penetrar en el palacio del Conde, volved aqui mañana al rayar el dia.
JUA. Y entonces?
RAQ. Mi hermano y yo os conduciremos á la presencia de Raoul.
JUA. Vosotros?
RAQ. Si, porque mañana estará visible, solo para nosotros.
JUA. Mañana!
BEN. Es verdad!
JUA. Entonces no intento nada.,. vendré á depositar en vosotros mi esperanza. Hasta mañana... gracias. (*Juana sale por la derecha. Noche gradual.*)
RAQ. Si, mañana daremos al conde Raoul la cruz del mártir!
BEN. En cambio de nuestro padre!
RAQ. Y si no ha encontrado al árabe?
BEN. Y que no pueda saberlo!
RAQ. Hermano, si como tu fuera hombre, si pudiera correr por las montañas...
BEN. Qué?.. Dime?
RAQ. Diria á mi hermana: tú no tienes necesidad de mi presencia... No es á quien amenaza el peligro; entra en nuestra morada y déjame libre.
BEN. Y si tu hermano te hablase asi?
RAQ. Le responderia: Ve... corre, sepamos donde está nuestro padre.
BEN. Oh! gracias, Raquel, que has comprendido lo que sufria en la inaccion... Gracias! (*vase.*)

ESCENA VIII.

RAQUEL, *despues*, CARROUGES.

RAQ. (*sola.*) Se resignaba por mi!.. Y he debido hacer cesar su tormento... Iba quizá á descubrir... Pero si vé á mi padre querrá seguirle; y entonces los dos... Qué he hecho, Dios mio! Me parece que desde que estoy sola... me amagan funestos presentimientos!... Tengo miedo!
CAR. (*entrando con inquietud por la izquierda.*) Pietro ha visto al padre alejarse de aqui .. yo acabo de ver pasar à Benjamin... Raquel debe estar sola .. aqui està!
RAQ. (*con temor.*) Quién vá? (*reconociéndole.*) Sois vos?
CAR. Estais sola, hija mia?
RAQ. Sola.
CAR. Y vuestro hermano?
RAQ. Mi hermano... ignoro si en el momento en que os hablo... Pero decidme, podeis leer el porvenir en el cielo, no es verdad?
CAR. Tengo este poder.
RAQ. Pues bien, el sol se oculta, brillan las estrellas... buscad, encontrad la mia, y decidme lo que me está reservado.
CAR. Esto, hija mia, es muy dificil; para conseguirlo, es preciso la noche y el silencio; es preciso que pueda ver en vuestros ojos y en vuestras manos los signos que me indiquen el sitio de vuestra estrella en el cielo, es preciso que bajo el techo de vuestra casa, y no viendo ya la claridad del dia, podamos invocar la prediccion solemne.
RAQ. Y podreis decirme entonces...
CAR. Lo que la suerte os prepara.
RAQ. Voy á disponerlo todo. (*entra en la casa.*)
CAR. Quiere atravesar el espacio y devorar la vida! la tengo en mi poder... Ven á mi, poder desconocido que dominas la debilidad y haces esclava á la escritura fascinada.... Ven á mi, terrible y misteriosa maravilla que fundes el pensamiento en el pensamiento... Y tu, Raoul, que apareciste un dia para usurpar mi puesto, tu que me has proscripto... no prevees que de esta casa donde voy á entrar pobre y desterrado, saldré tal vez armado de secretos que me harán tu juez y tu dueño.
RAQ. Todo está pronto!
CAR. (*siempre exaltado*) Ah! sois vos? Bien, venid.
RAQ. (*con temor.*) Pero que teneis?.. Vuestros labios están temblorosos... vuestros ojos despiden un fuego sombrio... Me dais miedo!
CAR. Miedo! Cuando ya entreveia dichosos presagios.
RAQ. Dichosos, decis?
CAR. Lo espero... venid, y sabremos la verdad. (*va abrir la puerta de la casa.*)
RAQ. (*con esperanza.*) Oh! padre! oh! hermano mio!
CAR. (*volviéndose y atrayéndola,*) Venid, Raquel, venid. (*Entran en la casa.*)

FIN DEL PRIMER CUADRO.

CUADRO SEGUNDO.

Interior de una habitacion de la casa de Daniel; puerta à la izquierda que da à otra pieza. Esta puerta está

abierta al alzarse el telon; á la derecha otra puerta lateral que dá al esterior: ventana en primer término; puerta al fondo; á la izquierda de esta puerta un mueble, sobre el que hay un vaso y una copa; una alcoba cerrada por una cortina, á la derecha de la puerta del fondo, una Madona en un nicho: en primer término, á derecha, una mesa y un asiento.

ESCENA PRIMERA.

CARROUGES, *despues,* RAQUEL. *Carrouges entra en escena, y se adelanta hasta el medio del teatro, mirando siempre á la habitacion.*

CAR. Dejémosla algunos instantes de reposo... Oh! mi cabeza!.. Hace dos horas que Raquel duerme con el sueño mágico que he atraido sobre ella... y no sé nada aun... He conducido facilmente su pensamiento, su mirada al castillo de Mesina... ha visto á Raoul, le ha seguido en su paseo solitario; su vista se fijaba sobre este hombre, y yo no entreveia aun el camino para llegar á él... Ella está alli, siempre dormida, y conservando en su rostro una invariable espresion de temor y de duda... Su padre y su hermano pueden volver de un momento á otro, y yo me veré obligado á huir otra vez sin esperanza y sin objeto... Pietro, que debe advertirme su llegada, no ha dado ninguna señal... aun me queda tiempo... Pero qué hacer?.. Raquel viva en mi pensamiento y adivinando mis proyectos, resistirá por instinto?.. No, no puede ser .. Pues qué intentará?.. Si para habituar la vista de Raquel á penetrar en el espacio, la condujese hácia los que ama... Si la hablase de su padre y de su hermano; su ausencia á esta hora, oculta un misterio que la preocupa... estoy seguro... Si, quiero dirigirme desde luego á su cariño por ellos... esto me servirá. (*dirigiéndose á Raquel, en la habitacion.*) Qué hacen vuestro padre y vuestro hermano?. Qué pensamiento les ocupa? (Se levanta..) (*hablando á Raquel.*) Deberé creer que han partido para no volver jamás?.. (Viene aqui...) (*á Raquel.*) No podeis decirme... (Aqui está...) (*Raquel dormida entra lentamente en escena.*) Venis á tranquilizarme sobre su suerte... Los creo en peligro... vos, cuya mirada puede alcanzarlos, podeis saberlo... (*Raquel sonrie.*) Lo sabeis?... Gracias á vos que podreis instruirme... Dadme vuestra mano, Raquel... (*se la dá.*) Y decidme, veis á vuestro padre?

RAQ. (*dormida.*) Le veo.

CAR. Está solo?

RAQ. No, habla con él.

CAR. Con Benjamin?

RAQ. No, no veo á Benjamin.

CAR. Mirad bien.

RAQ. Ya le veo.

CAR. Dónde?

RAQ. Está oculto en las malezas.

CAR. Por qué se oculta?

RAQ. Para oir lo que dice mi padre!

CAR. Con quién habla vuestro padre?

RAQ. Con el árabe.

CAR. El que perseguian?

RAQ. Si.

CAR. Va á entregarle vuestro padre?

RAQ. No, el árabe nos ha salvado la vida.

CAR. Y qué le dice vuestro padre?

RAQ. Ya nada.. se han separado.

CAR. Donde va vuestro padre?

RAQ. (*con voz fatigada,*) No sé... ya no le veo.

CAR. Descansad, hija mia, sentaos... (*Raquel se sienta cerca de la mesa.*) (*Momento de silencio.*) Y decidme... vuestro padre quiere socorrer al hechicero?

RAQ. Debe.

CAR. Se perderá.

RAQ. Si, pero obtendremos su perdon.

CAR. Quién os le concederá?

RAQ. El conde Raoul.

CAR. Quién os hace concebir esa esperanza?

RAQ. La cruz bendita.

CAR. Sabeis dónde está?

RAQ. La tengo.

CAR. Vos!.. La habeis encontrado?...

RAQ. No yo, sino mi padre.

CAR. Vuestro padre... la cruz del mártir está en esta casa... No saldré sin ella .. (*Raquel hace un movimiento.*) Raquel la oculta... pero dónde? Lo sabré facilmente... (*con aspereza.*) Quiero esta cruz que guardais, Raquel .. (*Raquel se levanta y se pone delante de la mesa; Carrouges que la ha seguido con la mirada, señalando á la mesa.*) Alli está!.. (*paseándose con agitacion.*) No, no quiero que esta cruz vuelva á las manos de Raoul... pero la llave de este mueble... Raquel solo puede tenerla... Su padre y su hermano pueden llegar... No perdamos la ocasion... (*à Raquel.*) Dadme la cruz bendita, Raquel. (*queda inmóvil.*) Resistis en vano!.... Alma esclava, sumision!... Quiero esta cruz!... (*Raquel saca una llave, abre un cajon de la mesa, toma la cruz y la dá á Carrouges; este hace sentar á Raquel, va á cerrar el mueble, retira la llave, y la pone en el limosnero de Raquel.*) Ya no verás mas esta cruz, Raoul; que me ha de servir mucho; voy á saber las palabras escritas que contiene, y que tu y la corte de Roma solo sabeis!.. (*abre la cruz y lee.*) *Spen in Deo... in cœlo fides...* No olvidaré estas palabras, y haré buen uso de ellas... Ahora es preciso despertar á Raquel; debe olvidarlo todo... Quitémosla de su dedo esta sortija, cuya influencia ha entorpecido sus sentidos. (*la quita una sortija.*) Pero ya cesa el encanto... el sueño parece abandonarla... Es mi debilidad la que deja escapar un sueño que no podria ya contener?.. Es mi ardiente deseo de verle cesar?.. Oh! milagro espantoso! (*se oye una señal.*) Es Pietro... Vienen... Ya era tiempo!.. Despiértate, Raquel: con el sueño que te abandona, llevo tus sospechas, tus recuerdos... Despiértate!.. Ya se despierta!.. Apresurémonos... (*abre la puerta del fondo y la cierra de pronto.*) Benjamin!.. Por dónde huir?.. Ah! esta puerta... cerrada!.. Qué hacer?.. Oh! esta ventana!.. (*sale por la ventana.*)

ESCENA II.

BENJAMIN, RAQUEL.

BEN. (*entra rápidamente por el fondo.*) Aqui está! . soy yo, Raquel... (*deteniéndose.*) Duerme!.. Es preciso que su fatiga haya sido grande, para que venciese su inquietud, en tanto que nuestro padre... Pobre niña!.. Dejémosla dormir!. yo iré solo con la cruz bendita!.. No, no me

lo perdonaria. Pero se despierta... (*la toma la mano.*)

RAQ. (*despertándose.*) Quién me llama?..

BEN. Soy yo, Benjamin!

RAQ. Benjamin!.. Eres tú!.. (*mira al rededor.*) Cómo estoy aqui?

BEN. Te has dormido... Mira, la luz permanece encendida...

RAQ. Y tú, dónde estabas?

BEN. Siguiendo á nuesto padre.

RAQ. Nuestro padre... Si, Dios mio!.. (*se levanta.*) Qué le ha sucedido?..

BEN. Ben-Sadí está libre; pero nuestro padre ha sido preso por los arqueros y llevado á Mesina.

RAQ. Ven, Benjamin, partamos!.. (*deteniéndose.*) Dios mio! que fatigada estoy!

BEN. Sufres... quédate... y yo...

RAQ. Quedarme!.. Nunca!.. ven!

BEN. Tienes la cruz?..

RAQ. En ese cajon.

BEN. La llave...

RAQ. (*dándosela*) Tómala! (*Benjamin va á abrir, reflexionando.*) El Conde ha jurado perdon, aun á su mayor enemigo!.. (*despues de haber buscado.*) No encuentro la cruz...

RAQ. Ahi está...

BEN. Mira á ver donde la has puesto... (*Raquel va á ver en la mesa; con reflexion.*) El conde Raoul ha jurado... jurado por el Evangelio... y este juramento solemne!..

RAQ. No encuentro la cruz!.

BEN. Cómo?

RAQ. Sin embargo, yo la he guardado aqui... (*mira en su cuello. Con espanto.*) Dios mio!..

BEN. No te impacientes, hermana... calma... reflexiona...

RAQ. (*asustada.*) Me la habrán robado esta noche?..

BEN. Robado?.. No; nadie mas que nosotros sabe... ademas, la puerta por donde he entrado, no esta rota .. y esta... (*indicando la puerta á derecha.*) Mira, Raquel...

RAQ. Es verdad; nadie ha entrado.

BEN. Habrás guardado la cruz por un esceso de precaucion en algun cofrecito.

RAQ. Sin duda, si, voy á ver... (*entra corriendo en su cuarto.*)

BEN. La habrá encerrado cuidadosamente sin advertirlo... Sucede con frecuencia, cuando estamos inquietos, que la mano egecuta, en tanto que el pensamiento camina... Las puertas estaban cerradas... las ventanas... (*se dirige á la ventana.*) Qué es esto? La señal de unos pasos... hojas tronchadas... Por aqui han venido.... (*llamando.*) Raquel!.. (*Raquel entra con precipitacion.*) La cruz!..

RAQ. (*con espanto.*) No la he encontrado!..

BEN. (*llevàndola hácia la ventana.*) Ves la huella de estos pasos?.. Han entrado por esta ventana... han robado la cruz mientras dormias! .

RAQ. Robado!.. Y nuestro padre?..

BEN. Nos espera.

RAQ. (*con desesperacion.*) Padre mio!..

BEN. (*lo mismo.*) Padre mio!.. (*momento de silencio. Llaman á la puerta del fondo.*) Quién será? (*llaman otra vez; Benjamin abre; Juana entra.*)

ESCENA III.

Los mismos, JUANA.

JUA. Soy fiel á la cita. He suplicado en vano á los guardias del castillo... y puesto que me habeis prometido ausilio, vengo...

BEN. Huid, muger, huid!.. Esta es casa de maldicion!

JUA. Qué decis?

RAQ. Nos han robado esta noche.

JUA. Robado!.. Qué?

BEN. La cruz bendita del conde Raoul.

JUA. La habeis encontrado?

RAQ. (*llorando.*) La hemos perdido!

BEN. (*id.*) Perdido!

JUA. No lloreis... os quedan la juventud y la amistad!

BEN. Que no lloremos decis!.. es que ignorais..

JUA. Qué esperabais de esa cruz?

BEN. El perdon de nuestro padre que va á morir!

JUA. Morir!

RAQ. Asesinado por su hija!

BEN Raquel!..

RAQ. Si, por mi!.. (*á Juana con delirio.*) Porque no sabeis .. su perdon... yo la tenia... se me habia confiado, y me he dormido... La vida de mi padre... me la han robado... y no he resistido... Dormia, no con el sueño de la muerte, porque ya veis que existo... Dormia para perder á mi padre... Ah! ya no soy su hija, ahora que soy parricida y maldita!.. Oh! padre mio! padre mio!.. (*vacila.*)

BEN. (*la recibe desmayada en sus brazos.*) Raquel!..

JUA. Dios mio!.. Tened piedad de la pobre niña!..

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

Sala en el castillo de Raoul de Mesina; estilo gótico; gran puerta en el fondo; laterales, ventana á derecha; asientos.

ESCENA PRIMERA.

ROLANDO, TALBOT, *despues*, RAOUL.

(El capitan Talbot está de pie en el fondo, delante de la puerta abierta, dos oficiales de palacio están detrás de èl; Rolando entra por la izquierda y hace una señal al capitan, que se aproxima á él, despues Raoul.)

ROL. (*bajo á Talbot.*) Soledad.

TAL. He aqui una palabra de orden que refleja la tristeza de nuestro soberano.

ROL. Es verdad! (*se dirige á los oficiales que se aproximan á èl. Les habla en voz baja y se retiran. La puerta se cierra.*) Y qué hay de nuevo, capitan? Hay noticias de la cruz perdida?

TAL. Ninguna, á pesar de la actividad conque se busca.

ROL. Confiemos en la Providencia. (*Raoul entra por la puerta de la izquierda y se detiene viéndoles.*) Y el hechicero?

TAL. Se han tomado todas las precauciones... No se puede escapar.

ROL. La noticia de su evasion acaba de aumen-

tar el terror de Mesina. Y nuestros aliados de Parma?

TAL. No saben que partido tomar.

ROL. No habeis visto á ninguno de sus mensageros?

TAL. No... pero ayer dos peregrinos llegados, segun dicen, de Roma, han venido á reclamar el honor de saludar al Conde.... Los he introducido en el castillo, y antes de presentarlos á Raoul... trataremos de descubrir si son ó no espias de Palermo.

ROL. Teneis razon, capitan, es preciso que ocultemos al Conde, nuestro soberano, todo lo que pueda inquietarle.

RAOUL. (*adelantándose.*) Gracias, caballero Rolando.

ROL. Nos oiais, conde Raoul?

RAOUL. (*tendiéndoles las manos.*) Gracias, amigos mios; pero yo debo tener tambien mi parte de inquietudes y trabajos; buscaremos los tres al hechicero que se burla de nuestro furor... Capitan, me dejareis interrogar á los peregrinos que habeis acogido, y si Palermo intenta hacernos traicion, bastará recordar que Vulcano puede aun salir del Etna para forjar las armas de los Caballeros de Mesina.

ROL. Voy á presentaros los peregrinos.

RAOUL. Id, Capitan! (*Talbot sale por la derecha.*)

ROL. Bien, Conde Raoul... Salid de vuestra inaccion.

RAOUL. (*sentándose á la izquierda.*) Si, Rolando, esta soledad, en la cual me complacia en otro tiempo, me abruma ahora.

ROL. Ya habia previsto que un dia, os seria penoso el aislamiento.

RAOUL. Si, sé que me habeis aconsejado el matrimonio, que hubiera podido asegurarme una familia, un heredero; pero ¡ay! habia en mi corazon demasiados pesares, para que fuese á asociar una muger á mi destino, y jamás hubiera podido compartir mi opulencia con ella, sin llorar á Juana, que habia aceptado su parte de mi oscuridad... A Juana y á mi hija querida... No hay dia en que no tenga el pensamiento que la una ha debido morir defendiéndose contra los asesinos que ahogaban sus gritos, y que la otra, débil criatura, ha muerto sin amparo... He aqui, Rolando, porque no puedo ver una joven... sin esperimentar un dolor cruel. (*levantándose.*) Y ademas, tengo derecho á dudar de mi libertad y puedo creer que aun existen.

ROL. Despues de quince años...

RAOUL Teneis razon, pero todo ha sido tan misterioso, tan estraño á mi existencia... que espero siempre la esplicacion de este misterio... Mi esposa y mi hija han desaparecido, y despues de quince años, nada ha probado su muerte.... Cuando yo no era mas que el capitan Mateo, un aviso que nos reunió en la costa de Lipari... ha permitido que pudiese suceder á mi padre... y no hemos podido saber jamás el amigo secreto que nos le habia dirigido.

ROL. Es verdad!

RAOUL. El señor de Carrouges mi mas mortal enemigo, ha desaparecido tambien. Nada puedo saber; pero todo lo dejo á la casualidad; ella me devolverá quizá la cruz de Santiago, y me entregará al hechicero de Arabia... Espero confiado.

ROL. Teneis razon para esperar, Conde.. Creo como vos, que cuando hayamos hecho salir de este mundo al hechicero maldito, Mesina verá desvanecerse el encanto, y parecerá la cruz perdida. Voy á ir yo mismo con mis pages á esplorar en la montaña. (*se dirige al fondo.*)

RAOUL. (*acompañándole.*) Id, Rolando; el éxito ha engañado raramente vuestra vigilancia... Id. (*Rolando sale por el fondo.*) Si, siempre he visto brillar en mi vida una luz consoladora... Mis penas han sido grandes, pero la amistad de Rolando me ha fortalecido.

TAL. (*entrando á derecha.*) Monseñor, los peregrinos esperan.

RAOUL. Que entren, Capitan! (*Talbot los introduce y queda en el fondo.*)

ESCENA XII.

RAOUL, CARROUGES, PIETRO, *en trage de peregrinos.*

CAR. Dios sea con el digno hijo del protegido de Santiago!

RAOUL. Dios sea con vosotros, hermanos mios. Venis de Roma?

CAR. Y vamos á fundar en Candia un asilo para los que se dirigen á Tierra Santa.

RAOUL. Por qué no os habeis embarcado en Nápoles ó Salerno.

CAR. Porque nuestro Santo Padre, nos ha recomendado que pasásemos por Mesina, á fin de llevar al conde Raoul, sus votos y su bendicion. Y en su sabia prevision, nos ha dicho; para que Raoul no pueda confundiros con esos hombres audaces que se disfrazan para ocultar culpables proyectos...

RAOUL. Qué os ha dicho?

CAR. Bastará entregarle algunas palabras escritas por mi... y... su mano augusta y venerable ha trazado estas palabras. (*dándole un pergamino.*)

RAOUL. (*leyendo.*) *Spen in Deo, in cœlo fides.*» Las palabras sacramentales! Sed benditos, hermanos mios, que me traeis la palabra del santo padre.

CAR. La dicha viene siempre con ella.

RAOUL. Voy á dar las órdenes convenientes, para que todos os reverencien... Seguidme, capitan. (*sale hablando con Talbot por el fondo.*)

ESCENA III.

CARROUGES, PIETRO.

CAR. Si supieras mi nombre, Mateo, te hubieras apresurado menos. (*á Pietro que se ha sentado á la derecha.*) Y bien, qué dices, Pietro?

PIE. Y bien, hermano mio!..

CAR. Ya estamos en el castillo que contiene los tesoros de Mesina.

PIE. Y una horca que he visto en el patio al pasar.

CAR. Siempre con miedo; tu que en otro tiempo buscabas los peligros!

PIE. Es un gusto que he perdido completamente.

CAR. No tengas cuidado; en pocas horas hemos andado la mitad del camino; lo mas dificil era aproximarnos á Raoul y ganar cu confianza.

PIE. Yo creo que lo mas dificil será acabar el ca-

mino; el conde Raoul está rodeado de guardias... de defensores.

CAR. Qué importa?.. Crees que yo no tenga otras armas que las de un enemigo vulgar?

PIE. Las teneis invisibles?

CAR. Si... cuando estaba en Oriente, vi morir á uno de nuestros gefes, en medio de sus guardias leyendo una carta que un árabe habia perdido de propósito en nuestro campo.

PIE. Una carta!

CAR. Si! Gauthier, conde deBretaña, murió bajo los muros de Antioquia leyendo una respuesta á un cartel que habia dirigido á un gefe árabe.

PIE. Leyendo?

CAR. Si, porque hay cartas que matan al que quiere leerlas... (*toma de su escarcela oculta bajo su ropa, una cajita de la que saca con precaucion una carta.*) He aqui una de estas cartas que he traido de Oriente, y... estamos en el palacio de Raoul de Mesina.

PIE. Esta carta puede ser un arma?..

CAR. Fatal para el que la abra. En Oriente no se abre nunca la carta de un enemigo sin aproximarla antes al fuego, porque este veneno se inflama con la rapidez del relámpago, y no se lee mas que las que el fuego no consume... y Raoul, que no sabe nada de esto, será confiado como el conde de Bretaña.

PIE. Seguramente! (*examinándola.*) Y nada puede hacer sospechar...

CAR. Nada, absolutamente!.. (*ofreciéndosela.*) Mira por tí mismo...

PIE. (*rehusando tomarla.*) No, gracias; os creo.

CAR. (*guardando la carta.*) Ya ves que hemos hecho lo mas dificil.

PIE. Aun es preciso entregar esa carta á Raoul.

CAR. Y ya conocerás que no puedo confiarla á manos estrañas.

PIE. No. Podrian ser indiscretas!

CAR. No hay, mas que uno de los dos?..

PIE. O mas bien, vos solo.

CAR. Por qué?

PIE. Porque yo no soy bastante mágico; podria cometer alguna torpeza...

CAR. Si llega una sola ocasion... yo me encargo de aprovecharla, y á la mañana siguiente el señor de Carrouges, entrará triunfante en Mesina.

PIE. Ah! Cuando será eso!

CAR. Silencio! que llegan! (*cubren sus cabezas con las capuchas.*)

ESCENA IV.

Dichos, RAOUL, ROLANDO, *despues* DANIEL.

RAOUL. (*entrando con agitacion.*) Vengo, hermanos mios, de encargar á mis pages, los cuidados que os deben prodigar.

CAR. (*inclinándose.*) Gracias, monseñor.

RAOUL. (*á Rolando.*) Qué me decias, condestable?

ROL. Os decia que el hechicero se ha escapado de nuevo.

RAOUL. Otra vez!

ROL. Pero nos hemos apoderado de su cómplice?

RAOUL. Un cómplice?

ROL. Si, monseñor, un hombre que habiéndose vestido el albornoz del árabe, nos ha engañado á todos, y nos ha conducido hasta la llanura, en tanto que el hechicero, aprovechándose de nuestro error, atravesaba la costa.

RAOUL. Dónde está ese hombre?

ROL. He podido arrancarle al furor de la soldadesca, que ha quemado el albornoz del maldito; y acabo de confiar el culpable á los guardias de palacio, que le conducen á vuestra presencia

RAOUL. Bien tardan... Rolando. (*Rolando abre la puerta del fondo, por la que entra Daniel con los guardias.*)

ROL. Aqui está.

RAOUL. (*que se ha sentado á la derecha, despues de haber examinado á Daniel.*) Eres tú el que no ha temido socorrer al mágico maldito?

DAN. Yo he socorrido al árabe!

RAOUL. Sabias que era culpable?

DAN. Sabia de que se le acusaba.

RAOUL. No has leido un decreto que yo he firmado?..

DAN. Le habia leido.

RAOUL. Y te has atrevido?..

DAN. Debia mucho al árabe, y la Providencia ha querido que pagase mi deuda, puesto que ha conducido á Ben-Sadí moribundo á la puerta de mi casa.

RAOUL. Te atreves á profanar asi el nombre de la Providencia!

DAN. Digo, monseñor, que el árabe no es ni hechicero ni encantador, puesto que el cielo ha tomado su defensa, y... vais á juzgar: el cielo ha querido que al tiempo que firmabais la sentencia del árabe, prometieseis favor al que os entregase la cruz del santo mártir. Pues bien! mientras que yo salvaba á Sadí, la Providencia, ponia en mis manos la cruz libertadora.

RAOUL y ROL. La cruz!

DAN. La he encontrado en el estanque del bosque.

RAOUL. (*acercándose.*) Dónde está?

DAN. Y vuestro juramento, monseñor?

RAOUL. Mi juramento! Le he pronunciado delante de Dios y sobre el Evangelio. No comprendes que esa cruz, es el perdon de todas tus faltas!

DAN. Bendito seais, Dios mio!

RAOUL. Dónde está esa cruz?

DAN. En poder de mis hijos.

RAOUL. De tus hijos?

DAN. Que os la van á entregar en cambio de mi vida

ROL. Mientes!

DAN. Digo la verdad!

ROL. Si hubieras encontrado esa cruz, no la habrias confiado á nadie.

DAN. Temia y debia temer que los soldados se apoderasen de ella, al hacerme su prisionero

RAOUL. Y cuándo deben venir tus hijos?

DAN. (*mirando por la ventana.*) Deberian estar ya aqui... yo no sé que los detiene... No me engaño!.. Si... veo á mi hijo!

RAOUL. (*mirando.*) Ese joven que corre?

DAN. Es Benjamin!.. es mi hijo!..

RAOUL. Id, Rolando; que se le deje pasar.

ROL. Voy, monseñor. (*sale por el fondo.*)

RAOUL. (*á Carrouges, en tanto que Daniel se alej de la ventana.*) Vuestra presencia, hermanos mios, era el preságio de la felicidad; la alegria va á reemplazar á la tristeza.

CAR. Dios lo quiera, monseñor!

DAN. (*ap. con inquietud.*) Por qué vendrá sol

Benjamin?.. Qué habrá sucedido á Raquel?... No... Habrá aconsejado á su hermano, mas agil, que se adelante... (*se abre la puerta.*) Aqui está!

ROL. (*mostrando Raoul á Benjamin que entra con él.*) Ese es el Conde de Mesina!

BEN. Monseñor! (*viendo á Daniel.*) Padre mio!

DAN. Benjamin!

BEN. (*se arroja llorando en los brazos de su padre.*) Oh! padre mio!

DAN. Por qué estas lágrimas, hijo mio? El conde Raoul te volverá á tu padre en cambio de la cruz de Santiago.

RAOUL. Si, lo he jurado!

BEN. Oh!

DAN. Qué tienes?

BEN. Esta cruz, padre mio...

RAOUL *y* DAN. Dónde está?

BEN. Nos la han robado!

DAN. RAOUL *y* ROL. Robado!

BEN. Si, esta noche... han penetrado en la casa... y yo conducido por la desesperacion, he dejado á Raquel desmayada, para arrojarme á los pies del conde Raoul. (*se arrodilla.*)

RAOUL. Que es lo que esperas?

BEN. (*levantándose.*) Vuestro ausilio para encontrar al ladron... porque solo... no puedo nada.

RAOUL. Miserables insensatos! Que teniais en las manos vuestra fortuna... y habeis querido ponerla al servicio del infierno!.. Hablais de ladrones!... La cruz bendita no ha estado nunca en mano de los profanos! Ah! vuestra sangre lavará la ofensa que habeis hecho á Dios! Maldicion sobre vosotros, que habeis hecho nacer y morir mi esperanza!

BEN. Ah! padre mio!

DAN. El cielo ha querido que la salvacion de Ben-Sadí me costase la vida.

BEN. (*llorando*) Padre mio!

ROL. Venid! la muerte os reunirá pronto...

DAN. Benjamin! morir!.. Yo solo soy el culpable!

RAOUL. Has olvidado el decreto de que te burlaste?

ROL. El que prestó socorro al hechicero, será condenado á muerte, asi como todos los que hayan nacido de su sangre.

DAN. Que! condenados tambien! Benjamin y Raquel condenados por mi, porque les ha dado la vida! Oh! no puede ser! no! no! Ademas, uno solo es mi hijo; el otro ha nacido de parientes que han muerto; la he salvado del veneno que unos infames habian mezclado, hace quince años, á su bebida.

CAR. (*con espanto.* Qué dice?

DAN. Le he dado la existencia, pero no la vida... Y vos no podeis castigar al que no es mi hijo!

RAOUL. (*acercándose á Daniel.*) Que prueba nos darás de lo que dices?

DAN. La fé de bautismo, hecha el mismo dia de su nacimiento.

CAR. (Gran Dios!)

RAOUL. Y de los dos, cuál es tu hijo?

DAN. Es. . ó Dios mio!

RAOUL. Responde.

DAN. No puedo, monseñor, nombrar al uno sin matar al otro...

RAOUL. Es forzoso que lo digas. .

DAN. Jamás!.. no, jamás se arrancará del corazon de un padre la muerte de su hijo! Piedad!

RAOUL. En fin!.. cuál es tu hijo?

DAN. No lo sé ya!

ROL. Dónde está esa fé de bautismo?

DAN. No me lo pregunteis; la he perdido, quemado!.... Oh! Conduciriais vuestro hijo á la muerte!

RAOUL. Basta!

DAN. (*cayendo de rodillas.*) Oh! tened piedad de mi!

RAOUL. Basta!

DAN. Oh! no podeis comprender mis sufrimientos! No teneis hijos!

RAOUL. (Oh! Dolor!)

BEN. (*bajo á Daniel.*) Salvad á Raquel, padre mio!

DAN. Salvar á Raquel, dices? Y si Raquel es mi hija... quieres que mate á Benjamin. (*con desesperacion.*) Oh! pobres hijos mios!

RAOUL. (*á Rolando.*) Condestable, llevaos á este hombre... (*bajo.*) Sus sollozos me mueven á compasion!

ROL. (*designando los guardias.*) Seguid á los guardias!

DAN. (*con inquietud.*) Y Benjamin?.. (*á Raoul llorando.*) Benjamin!...

RAOUL. Dios me libre de oprimir al que es tal vez inocente! Hasta que háyamos descubierto quién es tu hijo, queda libre!

BEN. Y Benjamin os pide, monseñor, la gracia de acompañar á su padre hasta la puerta de su prision.

DAN. (*tendiéndole la mano.*) Ven, hij... (*deteniéndose y retirando su mano.*) No, monseñor, no le llamo hijo mio... (*con resignacion.*) Venid, Benjamin! (*salen con los guardias.*)

CAR. (Nada se ha descubierto aun!)

RAOUL. (*á Rolando.*) Condestable, es preciso reunir el tribunal.

ROL. Al momento, monseñor... y el tribunal que voy á presidir, sabrá pronto la verdad.

RAOUL. Id, condestable, me fio en vuestra sabiduria y adhesion.

ROL. Adhesion que no os faltará nunca. (*vase.*)

RAOUL. (*á los peregrinos.*) Vosotros, hermanos mios, que habeis entrado en este palacio á la hora del castigo, rogad por los culpables... Yo me retiro.

CAR. (*inclinándose.*) Dios os ilumine, monseñor... (*vase Raoul por el mismo lado que Rolando.*)

ESCENA V.

CARBOUGES, PIETRO.

CAR. (*con agitacion.*) Y bien, Pietro! Habrás reconocido facilmente en la hija del prisionero...

PIE. La de Raoul de Mesina... Si, me ha bastado oir hablar de esa bebida .. ademas, examinando al prisionero, he reconocido al antiguo compañero de Juana.

CAR. (*reflexionando.*) Raquel, la heredera de Raoul.

PIE. No tal!.. puesto que está bien probado que Daniel ignora que el conde Raoul es el Mateo de otro tiempo.

CAR. Es decir, que acaba de probarse que Raoul descubrirá en los interrogatorios de Daniel, la existencia de la hija de Mateo.

PIE. (*asustado.*) En efecto, no pensaba en esto... y qué vais á hacer?

CAR. Puesto que la suerte me presenta la batalla

que perdí hace quince años, quiero ganarla, hoy que tengo para el combate armas encantadas... Tu vas á salir de este palacio y á quitarte al momento ese disfraz.

PIE. Y despues?

CAR. Irás á esperarme con dos caballos en el camino de la montaña, donde no tardaré en reunirme á ti.

PIE. Que... no venis conmigo?

CAR. No: es preciso que impida á Benjamin, que está libre, que tome el mismo camino que nosotros.

PIE. En efecto.

CAR. Vamos, vete!..

PIE. Pero ya en las montañas, qué haremos?

CAR. Ya lo verás... no tenemos tiempo para hablar aqui... date priesa... (*señalando la derecha.*) Marcha por ahi.

PIE. No... por allá!

CAR. Por qué?

PIE. Porque no quiero pasar al lado de la horca.

CAR. Insensato!

PIE. Que quereis!.. He soñado esta noche que me habian ahorcado... y lo que nos sucede me hace temer que mi sueño...

CAR. (*indicando el fondo.*) Sígueme por aqui.

PIE. Prefiero ese camino... aunque se diga que todos los caminos conducen á la horca...

CAR. Conmigo, Pietro, todos los caminos conducen á la fortuna.

PIE. Si, apresurémonos á tomar el mas corto.

CAR. Sígueme! (*salen rápidamente por el fondo.*)

FIN DEL CUADRO TERCERO.

CUADRO CUARTO.

La decoracion del segundo cuadro del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

RAQUEL.

RAQ. (*viniendo de fuera por el fondo.*) Nadie!... Aun no ha vuelto esta muger. (*se sienta junto á la mesa.*) Si le pudiese ocultar que he ido hasta la orilla del camino!.. Le habia ofrecido no salir de este cuarto!... (*levantándose con impaciencia.*) Pero acabo de entrar, y ya quisiera salir de nuevo! Ningunas noticias de mi padre y de Benjamin! Oh! Si pudiera correr á Mesina! (*viendo entrar á Juana por la derecha, y corriendo á su encuentro.*) Hablad! hablad!

ESCENA II.

RAQUEL, JUANA.

JUA. Nada he podido saber, hija mia.. Son tan raros los pasageros despues que los soldados han dejado la montaña!.. Y eso que me he adelantado bastante en el camino.

RAQ. Benjamin, despues que partió esta mañana, aun no ha vuelto... Si estuviese prisionero...

JUA. El dia aun no ha concluido.

RAQ. Pero está concluyendo! (*con resolucion.*) Quiero ir á Mesina!

JUA. No podreis, pobre niña, porque apenas habéis vuelto de ese largo desmayo.

RAQ. Oh! encontraré fuerzas!

JUA. No, no, hija mia, yo iré y os traeré noticias.

RAQ. Iremos las dos.

JUA. Seria culpable si lo consintiese, y ademas, yendo sola, podré encontrar algunos carros, y antes de una hora estar en la villa.

RAQ. Pero será de noche cuando volvais.

JUA. Y creeis que siempre el sol ha alumbrado mi camino?

RAQ. Qué buena sois!

JUA. Ea, valor! Pronto os traeré buenas noticias. Vuestro padre ha hecho una buena accion, y Dios le juzga como los hombres, y al mismo tiempo.

RAQ. Quiero acompañaros hasta el camino...

JUA. Pero me prometeis tener valor durante mi ausencia?

RAQ. Tanto como pueda.

JUA. Vamos! (*salen por la derecha: asi que han salido, Carrouges, que acaba de abrir la puerta del fondo, las vè salir: está vestido como en el acto primero.*)

ESCENA III.

CARROUGES, PIETRO.

CAR. (*solo.*) Raquel deja la casa... pero no por mucho tiempo, sin duda, porque ha dejado el manto... Quién será esa muger que ha salido con ella? Si se llevase á Raquel..! Llamemos á Pietro. (*va á la puerta del fondo, hace una señal y vuelve.*) Si, voy á encargarle que la siga... Héle aqui. (*á Pietro.*) Raquel acaba de salir.

PIE. (*vestido como en el primer acto.*) Pero vuelve al momento. Una muger que la acompaña, la suplicaba ahora mismo que no la siguiese muy lejos, y Raquel ha prometido dejarla á algunos pasos de aqui.

CAR. (*yendo á sentarse junto á la mesa.*) Bien está.

PIE. Y no temeis que Benjamin vuelva?

CAR. No; han bastado los falsos indicios que le he dado, para que busque en Mesina á aquel que se ha apoderado de la cruz de Santiago, y esto le ocupará lejos de aqui.

PIE. Y habeis pensado bien en que tan pronto como sepa el conde la verdad, querrá tener á su hija, y que entonces la menor suposicion alzará todo un ejército en Mesina?

CAR. No habrá suposiciones .. Ya te he hablado de un licor estraido de las amapolas de Oriente... El abuso de este filtro dá la muerte y las convulsiones del dolor, (*enseñándole una redomita.*) pero la corta cantidad que contiene esta redoma, no puede causar mas que el sueño, no lucido y maravilloso como el de la influencia mágica, sino insensible y profundo.

PIE. Ese sueño tendrá su fin.

CAR. Lo tendria, si yo ignorase lo que sé Y la ciencia y los secretos desconocidos, los cuentas como nada?

PIE. No, pero, si no obstante, quereis creerme...

CAR. Qué haria?

PIE. Dariais sencillamente á Raoul la cruz de Santiago en cambio de un talego lleno de oro, que tranquilamente iriamos á desocupar lejos de aqui. Eso sería mas facil y menos espuesto.

CAR. (*levantándose.*) La cruz de Santiago?.. No la tengo.

PIE. No la teneis?

CAR. (*pasando delante de él.*) No. Porque esa cruz, talisman de Raoul, haria desgraciado á Carrouges.

PIE. Y qué habeis hecho?
CAR. Dime, hay algun siciliano tan osado que se aventure á bajar á los abismos que el Etna ha cabado bajo las montañas?
PIE. No.
CAR. Las cavernas son impracticables?
PIE. Si: en ellas se pierde y muere.
CAR. Como no tenia tiempo para otra cosa, y la cruz me daba miedo, la arrojé á una sima de la montaña. Quise que fuese perdida para todos, y me siento mejor.
PIE. Imprudente! No habeis pensado que si perdeis en la lucha ..
CAR. Esta cruz tan deseada, podria salvar mis dias?
PIE. Y los mios!
CAR. No es gracia y piedad la que venimos á buscar aqui .. es victoria y venganza. El peligro nos dará el valor que necesitamos para triunfar.
PIE. Ah! creeis que .. (Oh! sueño mio!.. Tú vuelves á mi memoria.)
CAR. Pero, olvidaba... Coje una copa y ponla sobre esa mesa. (*Pietro lo hace.*) Está bien: ahora vé á esperarme.
PIE. (*saliendo por el fondo.*) Ah! feliz sueño!
CAR. (*solo.*) Si para demostrarla mi cariño fuese á su encuentro?... Es inútil... aqui está ya!

ESCENA IV.

CARROUGES, RAQUEL.

RAQ. (*entrando por la derecha.*) Quién es?.. Ah! Sois vos?
CAR. Yo, que os esperaba.
RAQ. (*vivamente.*) Venis de Mesina?
CAR. Ahora mismo.
RAQ. Y sabeis sin duda...
CAR. Todo lo que os ha sucedido.
RAQ. Mi padre...
CAR. Está prisionero... pero prisionero solamente.
RAQ. Benjamin...
CAR. Está libre y se desespera buscando á los supuestos ladrones... Pero yo, yo que tengo otras ideas, he venido en vuestra busca.
RAQ. Otras ideas?
CAR. Vuestro hermano y vos creeis que la cruz bendita os ha sido robada, y yo creo que estais en un error. Todo aquel que se hubiese apoderado de ella, tendria que llevarla al conde de Raoul, en cambio de la recompensa prometida.
RAQ. Es verdad.
CAR. Y la cruz no ha sido entregada al conde... luego no está aun en poder de nadie.
RAQ. Pero, entonces, en dónde está?
CAR. Aqui. En qué parage? Lo ignoro.... como vos misma lo ignorais. Pero indudablemente está aqui, no os acordais dónde la habeis guardado?
RAQ. (*señalando la mesa.*) La habia puesto ahi.
CAR. (*yendo á examinar la mesa.*) Y la han abierto?
RAQ. No. Cuando acababa de ponerla ahi, vos mismo entrasteis conmigo en la casa... y...
CAR. (*interrumpiéndola.*) Si, para interrogar á vuestro porvenir... y, mientras que os preguntaba, una fatiga invencible se apoderó de vos...
RAQ. Y despues?
CAR. No pudiendo resistir á este abatimiento me despedisteis.
RAQ. No lo recuerdo.
CAR. Ya veis como os falta la memoria... Y, á no dudarlo, en uno de esos momentos habeis perdido el objeto que os ocupa.
RAQ. Es posible!
CAR. Escuchadme bien. Nosotros, hombres de la mar, viajamos continuamente al azar, buscando los caminos á través de las corrientes y de los escollos, y en cambio no tenemos por guia mas que el recuerdo de la senda que tomamos con tanta precaucion y trabajo; pero á veces llega la tempestad, que nos obliga á luchar con la muerte, paraliza nuestros corazones espantados, perdemos el valor y la memoria, y entonces algunas gotas de este filtro (*enseñándola la redomita.*) nos vuelven la fuerza y la memoria. El peligro de vuestro padre, pobre niña, ha sido para vos la tempestad que ha paralizado vuestro corazon fatigado... (*vierte el filtro en la copa.*) Y acaso bastará que bebais este filtro reparador, para que poco á poco vuelvan la confianza y la memoria.
RAQ. (*yendo á él.*) Que! Podria yo ver la luz en la oscuridad que me envuelve, y hallar la salvacion de mi padre!..
CAR. Acaso! (*se dirige hácia la puerta de la derecha.*) Me vuelvo á mi casa de la montaña, (*deteniéndose en la puerta.*) y estaré pronto para serviros al menor aviso.
RAQ. Gracias!
CAR. A Dios!
RAQ. A Dios! (*Carrouges sale por la derecha.*)

ESCENA V.

RAQUEL.

RAQ. Si; he sido presa de un mal que habia entorpecido mi alma, agitando mi corazon... Si este liquido pudiera decirme lo que he hecho durante mi delirio... (*se acerca á la mesa para tomar la copa, Ben-Sadi entra rápidamente por el fondo y cierra la puerta.*)

ESCENA VI.

RAQUEL, SADI.

RAQ. Ah!
SADI. Raquel!
RAQ El árabe! Aun aqui?
SADI. Tranquilizaos. (*mirando al rededor.*) Dónde está Benjamin?
RAQ. En Mesina; mi padre está alli prisionero.
SADI. Si, porque vos habeis perdido la cruz... Lo sé. (Pobre niña! que pálida está!) Vengo á deciros, Raquel, que vivais y espereis, porque os traigo el medio de salvar á vuestro padre.
RAQ. Salvar á mi padre! Hablad!
SADI. Corred con todo sigilo á Mesina; y vos, como hija del prisionero; solicitad ver al conde Raoul.
RAQ. Y despues?
SADI. Le ofrecereis entregarle al hechicero Ben-Sadi!..
RAQ. Yo
SADI. Y cuando Daniel y Benjamin esten libres, Sadi morirá sin pesares. Sadi, por quien los tres llorareis como si fuese de la familia. Id, Raquel.

RAQ. Mi padre, libre á ese precio, maldeciria la existencia...

SADI. (*procurando hacerla salir.*) Sus hijos se la harian amar.

RAQ. (*resueltamente.*) Nunca! Si yo entregase á Ben-Sadi, mi padre moriria de dolor despreciando á su hija.

SADI. (*con desesperacion.*) Y qué se ha de hacer, Dios mio?

RAQ. Esperad: hay, tal vez, un medio de salvar á mi padre, sin que murais en su lugar.

SADI. No os comprendo.

RAQ. Escuchad: la cruz bendita no nos ha sido quitada, y no puedo saber en donde la he puesto, porque esta noche última estaba devorada por una fiebre que me habia vuelto loca. Pero acaban de traerme un líquido que me dará la memoria, y si puedo recordar... Si yo encontrase la cruz de Santiago, no tendriais necesidad de morir para conservar la vida de mi padre.

SADI. Un líquido que dá la memoria?

RAQ. Si.

SADI. En dónde está?

RAQ. (*señalando la copa.*) En esta copa, y yo iba á beberlo cuando entrasteis.

SADI. (*que ha cojido la copa.*) No me engaño... este licor es el estracto de nuestras amapolas de Oriente.

RAQ. No sé.

SADI. (*que ha vertido una gota en su mano.*) Opio!.. Este veneno, Raquel, en vez de daros la memoria, embotaria todos vuestros recuerdos.

RAQ. Cómo!

SADI. Es un veneno.

RAQ. Un veneno?

SADI. (*tirándolo y poniendo la copa en la mesa.*) Qué, gracias á Dios, no hay que temer.

RAQ. Dios mio!

SADI. Y quién os ha dado ese brebaje?

RAQ. El viajero!..

SADI. Quién es ese hombre?

RAQ. Apenas le conozco, pero que interes podria tener?

SADI. Si él os ha robado la cruz, debe temer vuestras revelaciones.

RAQ. El!

SADI. Lo supongo! Decidme, cuando tuvisteis esa fiebre, hacia mucho tiempo que habiais visto á ese hombre?

RAQ. Acababa de dejarme, y habia venido aqui para cumplirme lo que me habia ofrecido; leer en mi porvenir.

SADI. Y os dado alguna bebida?

RAQ. No, me puso en el dedo este anillo. (*mirando su mano, con sorpresa.*) Ah! ya no le tengo!

SADI. (*vivamente.*) Os le quitó de nuevo... Y despues?

RAQ. Me habló mucho tiempo, procurando leer en mis ojos lo que debia ayudar á su prediccion; pero la fatiga me embargó de tal modo, que no sé lo que sucedió.

SADI. (*reflexionando.*) Es que habrá empleado... No!.. es imposible!.. Y no obstante, quien ha traido del Asia el opio... ha podido quizás...

RAQ. Qué pensais?

SADI. Despues de poneros ese anillo, qué os dijo?

RAQ. Puso una luz en esa mesa y me hizo sentar.

SADI. Decidme, Raquel, teneis confianza en mi, que estoy decidido á morir por devolveros vuestro padre?

RAQ. Como en él mismo.

SADI. Gracias! Entonces, encended una luz... ponedla sobre esa mesa, y sentaos! (*Raquel toma una lámpara, la enciende en la luz de la Madona, y se sienta á una señal de Sadi. Sadi, yendo á tomar un asiento.*) Y cuando estuvisteis sentada, tomaria una silla como yo ahora, y se sentaria á vuestro lado? (*lo hace.*)

RAQ. Si.

SADI. Y tomando vuestra mano, como yo la tomo, os dijo, poco mas ó menos, estas palabras: los ojos, Raquel, son un espejo, que refleja á la vez el pensamiento y los secretos del destino; dejadme fijar atentamente y consultar los vuestros.

RAQ. Eso me dijo.

SADI. Despues os encargó que buscarais en sus miradas las huellas incorpóreas.

RAQ. Si.

SADI. Y qué habeis visto en sus ojos?

RAQ. He visto en sus ojos ajitarse una llama, y despues engrandecerse como la que ahora veo en los vuestros

SADI. Cuando esta llama brota de un ojo poco sincero, (*se levanta sin soltarla la mano.*) quema.... pero cuando es un corazon bienhechor y puro el que la produce, consuela y tranquiliza.

RAQ. (*con dulzura.*) Es verdad.

SADI. (*fijándose en ella con inmovilidad.*) Y de esta mirada que sumerge, se escapa de continuo como un suave y lejano concierto, que el alma escucha con un innefable recojimiento; despues, poco á poco, la voz que habla, parece que se aleja. (*Raquel cierra los ojos.*) Los ojos se cierran, el mundo se confunde... y el corazon olvidado... calla... se calma... y se duerme. (*deja la mano de Raquel y cae esta.*) Ya duerme! (*aleja su silla.*) La habia dormido!.. Oh! voy á saberlo todo... porque el sueño trae el olvido... revela todos los hechos que han pasado. Veamos antes la confianza de Raquel... Os sentis bien asi, hija mia? (*ella hace con la cabeza una señal afirmativa.*) Entonces, me voy!.. (*se dirige hácia la puerta.*) A Dios!

RAQ. (*se levanta dormida.*) Oh! quiero seguiros.

SADI. (*volviendo.*) No... me quedo.

RAQ. Gracias! (*se sienta.*)

SADI. (*viniendo junto á ella.*) Sabeis lo que habeis hecho de la cruz?

RAQ. (*dormida.*) La he dado.

SADI. Al viagero?

RAQ. Si.

SADI. Por qué se la habeis dado?

RAQ. El la queria.

SADI. No pudisteis resistir?

RAQ. Me habia dormido!

SADI. Y él, que ha hecho de la cruz?

RAQ. No sé.

SADI. La ha dado á Raoul?

RAQ. No.

SADI. La tiene aun en su poder?

RAQ. No, porque está...

SADI. En dónde?..

RAQ. No la veo.

SADI. No obstante, es preciso decirmelo. Vuestro padre y vuestro hermano la esperan.

RAQ. Si.
SADI. Y en dónde está?
RAQ. No puedo... Yo... Oh! me trastorna la cabeza...
SADI. Buscad sin impaciencia...
RAQ. Es tan profundo!..
SADI. Profundo!.. Estará en el estanque?
RAQ. No.
SADI. En alguna sima de la montaña?
RAQ. *(vivamente.)* Si!
SADI. Estais segura?
RAQ. *(lo mismo.)* Oh, si!.. La veo perfectamente, suspendida de las ramas de un árbol caido en la sima
SADI. (Es estraño!) Aun cuando sea preciso ir á buscarla para detener el brazo del ejecutor, pronto á herir á vuestro padre, hallaremos un camino.
RAQ. Hay uno.
SADI. Peligroso, sin duda... pero lo tomaremos juntos.
RAQ. No ahora!
SADI. Por qué?
RAQ. El nos evitaria el paso.
SADI. Quién?
RAQ. El viajero!
SADI. Le veis?
RAQ. Aqui vienen.
SADI. Vienen? No está solo?
RAQ. Son dos... llegan á la puerta. *(se oye llamar.)*
SADI. Tranquilizaos, Raquel; no le abriré.
RAQ. Tienen una llave.
SADI. Dios mio! *(apaga la luz.)* Qué nos reservais, Señor? *(se desliza en la alcoba detrás de las cortinas. Ruido de cerradura; la puerta se abre lentamente.)*

ESCENA VII.

Los mismos, CARROUGES, PIETRO.

CAR. Raquel no nos ha respondido... Que oscuridad!.. *(se acerca.)* Aqui está!.. Raquel! Raquel! *(contemplándola.)* Duerme... *(pasa detrás de ella, toma la copa y la examina.)* Ha bebido el opio. *(yendo á Pietro que ha entrada detrás de él.)* Pon eso sobre esa mesa... *(Pietro pone sobre la mesa unas pequeñas trébedes que trae bajo la capa, y viene junto á Carrouges.)* Ahora, dame esa luz... *(señala á la Madona, Pietro vá por la luz.)* Si, los vapores que se exhalan del fuego de esas piedras sulfurosas, acabarán lo que el opio ha empezado. *(toma la vela de manos de Pietro.)* Ahora, vé á cerrar esa ventana. *(mientras que Pietro va à cerrar la ventana, enciende la estufilla, mirando à su alrededor.)* Este cuarto está bien cerrado... *(señalando á Raquel y alejándose de ella.)* Oh! porque no murió cuando niña!.. *(á Pietro.)* Y bien, Pietro?
PIE. Aqui estoy!
CAR. Partamos!
PIE. Creeis que ese fuego bastará?
CAR. Vamos!..
PIE. Vuestro soy! *(salen por la derecha. Sadi, á quien se ha visto alzar las cortinas, lo vé salir. Entra en escena.)*
SADI. Infames! Este vapor sulfuroso seria la muerte, si yo no estuviese aqui para apagarlo. *(buscando en el cuarto.)* Pero dónde hallar aqui agua? No sé...
RAQ. *(dormida.)* Detras de mi, en un vaso.
SADI. Oh! gracias, Raquel! *(toma el vaso del fondo y apaga el fuego.)* Pero ya está la atmósfera sofocada... voy á abrir... *(deteniéndose junto á la ventana.)* Pero si los asesinos están cerca... si mirando viesen abierta esta ventana... volverian... Raquel, veis los hombres que salen de aqui?
RAQ. Si.
SADI. Dónde están?
RAQ. En el fondo del barranco.
SADI. En el barranco! *(abre rápidamente la ventana.)* Entonces, no podran ver ni la vida que nos llega, ni el daño que se aleja... Y decidme, hija mia, la cruz bendita está lejos de aqui?
RAQ. Del otro lado de la montaña.
SADI. *(muy vivamente.)* Podriamos atravesar ahora la montaña sin ser vistos de nuestros enemigos?
RAQ. No.
SADI. Qué haremos entonces?
RAQ. Esperar que hayan vuelto á la aldea.
SADI. Esperar!.. Pero Daniel no puede esperar...
RAQ. Pobre padre!.. Si tuviera la sortija!
SADI. La sortija!.. (Qué quiere decir?) *(á Raquel.)* Si tuvierais la sortija, qué hariais?
RAQ. La daria!
SADI. A quién?
RAQ. Al Conde Raoul.
SADI. Y entonces, el Conde Raoul?
RAQ. No firmaria la sentencia!
SADI. (Estraño misterio!.. De qué sortija hablará?) *(á Raquel.)* Lleva Daniel esa sortija?
RAQ. No, está en la Madona.
SADI. En la Madona... *(va á tomar de la Madona la sortija suspendida á su brazo.)* En efecto!.. Una sortija!.. *(á Raquel.)* Por qué anulará esta sortija la sentencia que dió Raoul?
RAQ. Porque...
SADI. Por qué?..
RAQ. Lo siento, pero no lo podria esplicar.
SADI. Oh! prodigioso presentimiento del sueño, si tuviera el tiempo de interrogar y profundizar... pero no, el tribunal delibera quizá... *(á Raquel.)* Será preciso que se entregue esta sortija á Raoul?
RAQ. Al momento.
SADI. Cómo se la daremos?
RAQ. Por Benjamin.
SADI. Benjamin?.. Pero dónde encontrarle?
RAQ. Viene aqui?
SADI. El! *(viéndole.)* Benjamin!
BEN. *(que entra por el fondo.)* Quién está aqui?
SADI. Entrad!
BEN. Sadi!.. vos aqui... y Raquel?
SADI. Aqui está!
BEN. *(yendo á ella.)* Raquel, aun desmayada?
SADI. No; sino dormida con el sueño mágico.
BEN. Con el ausilio del cual, segun dice mi padre, haceis prodigios.
SADI. Cuando Dios lo permite... pero, hé aqui lo que os manda ahora. Vais á correr inmediatamente á Mesina, y dareis esta sortija al Conde Raoul, de parte de los hijos de Daniel.
BEN. Y entonces?
SADI. El Conde aplazará el suplicio.
BEN. Por qué?
SADI. Lo ignoro!
BEN. Y quién os ha dicho?...

SADI. Raquel dormida, que ve en lo desconocido.
BEN. Raquel!
SADI. Raquel, que me ha dicho tambien en su sueño, que la cruz de Santiago os ha sido robada por los enemigos de Raoul, y arrojada á una sima de la montaña.
BEN. Es posible?
SADI. Y que esta cruz ha quedado suspendida en las ramas de un árbol caido en el precipicio; pero este secreto, que vos solo sabeis, si muero, no lo reveleis aun .. los hombres rehusarian creeros... Id, y haced lo que Raquel nos aconseja.
BEN. Si!.. Me abandono al prodijio! Parto!..
SADI. Benjamin, confianza!
BEN. Confianza! Siempre la tengo en Dios.
SADI. Id! id! (*Benjamin sale corriendo por el fondo; Sadi queda apoyado en la puerta mirándole marchar. Cae el telon.*)

FIN DEL CUADRO CUARTO.

CUADRO QUINTO.

Una cabaña abandonada, puerta al fondo, otra á la izquierda: las dos conducen al esterior; cerca de esta puerta lateral, y en segundo término, una ventana.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, RAQUEL; *despues*, BENJAMIN.

JUA. (*entra en escena por el fondo, mirando á todos lados.*) Si, esta es la cabaña abandonada; que me indicó el hombre que guiaba á Raquel... Aqui, otra puerta, (*la abre.*) conduce al esterior... despues esta ventana... exactamente. He debido, por prudencia, entrar aqui la primera, y ahora ya puedo llamar á Raquel... (*abre la puerta del fondo.*) Venid, hija mia!... No me oye... siempre absorta... Ah! me ha visto... ya llega... (*Raquel entra.*) Entrad!.. no nos habiamos equivocado .. Mirad; las yerbas que cubren estas paredes, prueban que está desierta esta cabaña desde hace mucho tiempo.
RAQ. Si.
JUA. Todo lo he examinado, y espero que estaremos bien aqui, hasta el momento en que vuestro guia venga á ausiliaros. Sin embargo, como es preciso temerlo y preveerlo todo.... ved esta otra puerta; dá á un sendero que serpentea á través de espesas malezas, en las que podeis ocultaros, si viniese aqui algun estraño. El hombre con quien estabais cuando me encontrásteis en el camino, me ha recomendado que os oculte.
RAQ. Si, me acuerdo que nos ha hecho jurar que no veriamos á nadie.
JUA. Y si os veis obligada á ocultaros, asi que quede sola, abriré esta ventana, y esto os indicará que podeis volver á mi lado con toda seguridad.
RAQ. Si... gracias... pero por qué aislarme asi?
JUA. Yo no sé.
RAQ. Quizá querrán sustraerme al verdugo que amenaza á mi padre... Seria mas generoso dejarme morir con él.
JUA. El hombre que os acompañaba esta noche, y en el que teneis confianza, no está aqui?
RAQ. Oh! si!
JUA. No os ha dicho que espereis á que vuestro padre esté en salvo?
RAQ. Si; mas, ¿á qué fin querer que me oculte? Será tal vez por librarme del que quiso darme muerte?
JUA. Daros muerte?
RAQ. Si; el que me robó la cruz.
JUA. La cruz de Santiago! Y sabeis quién fué el que se apoderó de ella?
RAQ. Lo creo, pero no puedo asegurarlo, y... sin embargo... el árabe es quien me lo ha dicho.
JUA. Un árabe os aconseja? Entonces teneis razon para alimentar esperanzas, y confiar.
RAQ. Tambien vos creeis en los milagros de los árabes?
JUA. Cuando yo tenia vuestra edad, un árabe me salvó de la muerte... y si él estuviera en este sitio bien pronto sabria qué ha sido de mi esposo y de mi hija.
RAQ. Pobre muger! Yo soy la causa de que no corrais en busca suya! Oh! dejadme... marchad.
JUA. Pronto marcharé; porque la impaciencia me abruma, y me complazco en socorreros; espero que esto me ha de causar algun bien.
RAQ. Dios es justo. Pero... no habeis oido pasos?
JUA. (*dirigiéndose á la puerta del fondo y escuchando.*) No; es vuestra imaginacion: mas... si! por este lado se acerca gente.
RAQ. (*yendo hácia el fondo.*) Si fuera el árabe!
JUA. (*deteniéndola.*) Y si fuese vuestro asesino?
RAQ. (*atemorizada.*) Dios mio!
JUA. Retiraos por prudencia.
RAQ. Si; me retiro, y esperaré con paciencia la seña.
JUA. Marchad. (*Raquel sale por la izquierda. Juana mira con precaucion por la puerta del fondo.*) Es un jóven... parece que duda y busca algo.. (*abriendo la puerta.*) No me engaño, es el hermano de Raquel!
BEN. (*sale.*) Sois vos, buena muger... os buscaba.
JUA. Me buscabais!
BEN. Vengo de casa de mi padre, en la que no estaba Raquel; pero un leñador, á quien he preguntado, me ha dicho que habia visto dos mugeres, cuyas señas me dió, dirigirse hácia el valle; por eso os buscaba á las dos. Dónde está Raquel?
JUA. Aqui cerca. La he obligado á salir de este sitio, porque el árabe ha encargado que á nadie se presentase.
BEN. Si, ha debido hacerlo, porque no sabe que Raquel nada tiene que temer ya.
JUA. Será cierto? Alabado sea Dios! Voy á llamarla.
BEN. (*deteniéndola.*) No, todavia no: Dios mio tiemblo á la idea de verla.
JUA. Qué teneis?.. Acaso vuestro padre...
BEN. No: dicen que su suplicio se ha diferido por un dia; escuchad... voy á dirigiros palabras de dolor y de súplica.
JUA. Deciais hace un momento que nada tenia que temer Raquel?
BEN. Tal vez debe tener mas que sentir, que si le reclamase el verdugo: yo soy quien ha de morir con mi padre. Mañana Raquel estará sola en el mundo; á vos, pues, se dirige el hermano, el amigo de Raquel, suplicándoos que la libreis de la desesperacion. No teneis que marchar pronto en busca de vuestra familia. Lipari, cuyo puerto acaba de abrirse de nuevo

JUA. Dentro de algunas horas, segun espero.

BEN. Pues bien; es preciso que consigais, bajo un pretesto que los dos buscaremos, llevar con vos á Raquel, lejos de Mesina, donde van á morir su padre adoptivo y su futuro esposo.

JUA. Pero, y el árabe?... el árabe?

BEN. El árabe no puede alterar nuestro destino; vais á juzgar por vos misma. Raquel y yo no somos hijos de un mismo padre.

JUA. Y vuestro padre no quiso designar cuál era su hijo. Ayer lo supe en Mesina.

BEN. Pues bien; esta noche, el árabe á quien mi padre ha salvado, logró entrar en la habitacion de Raquel, y haciendo que se apoderase de ella un sueño revelador, Raquel vió la impenetrable verdad, y declaró que era preciso que se entregase una sortija al Conde Raoul; comision que me fué encomendada.

JUA. A quien habia pertenecido la sortija?

BEN. Mi padre nos habia dicho, que la madre de Raquel ó la mia, la habia llevado en otro tiempo; y al llevarla, yo la he abierto y leido los nombres que contiene.

JUA. Bien .. y qué visteis?

BEN. Al lado de los nombres del padre y de la madre, estaba el de una hija.

JUA. De una hija?

BEN. Los padres de Raquel, eran estrangeros; el mio tuvo un hijo.

JUA. Estraña casualidad!

BEN. Dueño de esta revelacion que garantiza á Raquel, me apresuré á poner la sortija en manos del Conde Raoul, y ahora os suplico á vos, que pareceis enviada por la Providencia en mi ayuda, que tengais piedad de la huérfana y casi de la viuda.

JUA. Pero ella no os sobrevivirá: cien veces me lo ha dicho la pobre niña.

BEN. Primero podeis decirle que Daniel y Benjamin han sido desterrados... que algun dia volverán...

JUA. Daniel!.. Benjamin!..

BEN. Si; esos nombres no estaban grabados en la sortija.

JUA. Pues cuáles eran los grabados en ella?

BEN. Juana, Mateo, Juanita!

JUA. Juana, Mateo, Juanita!

BEN. Los habeis conocido!

JUA. Que si los he conocido?.. Mateo es mi esposo.

BEN. Vuestro esposo!..

JUA. Y Juanita es mi hija!

BEN. Dios mio!

JUA. Mi hija!..

BEN. Sois, pues, Juana?

JUA. (*prosiguiendo su pensamiento.*) Mi hija educada por Daniel! Y vos, Benjamin, á quien he visto siendo niño... (*cogiéndole las manos.*) Vos, Benjamin, á quien he mecido en la cuna!... Mas, ¿por qué ha tomado ese nombre de Raquel?

BEN. Mi padre nos ha dicho, que habia mudado el nombre de uno de nosotros dos.

JUA. Y Raquel es mi Juanita?

BEN. Si, vuestra Juanita, que tendrá desde hoy una madre, un refujio... Dónde está? Es preciso llamarla.

JUA. (*dirigiéndose á la ventana y abriéndola.*) Si, si; abrir esta ventana es la seña convenida. (*deteniéndose de repente junto á la ventana.*) Pero no! Al saber la existencia de su madre, sabria tambien que no es hija de Daniel... que Benjamin será condenado con su padre, y... ella misma lo ha dicho; este golpe le quitaria la vida.

BEN. Si... teneis razon. Procurad ante todo ocultarle su destino y el nuestro. Despues, cuando sepa que hemos desaparecido de la tierra, encontrará una madre consoladora.

JUA. Una madre inutil y desolada... una madre desconocida, que jamás podrá curar la herida que le causará vuestra muerte. Y Mateo, su padre... mi esposo, ¿dónde está?

BEN. No ha vuelto á ser habido. Daniel le ha buscado, pero en vano.

JUA. (*llorando.*) Dios mio! Despues de quince años de destierro, de miseria y dolor, me dais por noticia la muerte de mi esposo! Me devolveis mi hija al borde de la tumba, y encuentro á Daniel, su salvador, al pie del cadalso!

BEN. Todavia no, Juana; todavia no; su hijo alimenta una esperanza...

JUA. Una esperanza?

BEN. Que ahora puedo confiaros.

JUA. (*vivamente.*) Qué esperanza?

BEN. Ben-Sadi, el árabe.

JUA. Ben-Sadi!

BEN. Debeis haberle conocido en otro tiempo.

JUA. El es quien me ha socorrido, y creo en su palabra.

BEN. Ben-Sadi me ha dicho en confianza, que habia sabido, por vuestra hija dormida, que la cruz bendita robada por los enemigos de nuestro señor, habia sido arrojada á una de las simas de la montaña; que habia quedado colgada de las ramas de un árbol en el espacio, y quiero recobrar la cruz ó morir en el abismo.

JUA. Y si encontrais la cruz...

BEN. Lograré el perdon de mi padre y el mio.

JUA. Y la salvacion de mi hija, Benjamin! No bajareis solo á las cavernas del volcan.

BEN. Cómo?

JUA. Tambien yo quiero esponer mi vida por la salvacion de todos vosotros.

BEN. Vos, Juana!

JUA. Dos personas tienen doble fuerza y doble esperanza.

BEN. No; dejadme intentarlo solo. Yo puedo arriesgar mi vida, yo que estoy sentenciado á muerte.

JUA. Y yo, madre ignorada de su propia hija, no puedo morir sin costar al mundo una lágrima? Pero si logro la ventura de mi hija... Entonces podré decir... tambien yo he trabajado por tu bien; niña á quien la vida hace sonreir, consagra una mirada á tu madre. ¿Dónde está el crater?

BEN. No es posible llegar á él sino por cavernas desconocidas.

JUA. Venid pues.

BEN. Juana, el camino es horroroso.

JUA. Yo he visto sin temblar los incendios, los huracanes y las tempestades.

BEN. Juana, los antros estan llenos de fuegos fatuos, que alumbran, estravian, y pierden á los temerarios.

JUA. Los dos reunidos tendremos doble prudencia.

BEN. Se encuentran en aquellos sitios espíritus infernales.

JUA. La cruz bendita que buscamos, los alejará de nuestro camino.

BEN. Si; tambien yo creo que la cruz santa protejerá nuestros esfuerzos.

JUA. Y si Dios quiere conservar al hijo que se sacrifica, la Virgen María rogará por la madre que quiere salvar á su hija. ¿Cuál es el camino?

BEN. En el fondo del valle hay un precipicio, al cual es preciso bajar.

JUA. Conducidme á él.

BEN. (*llevándola consigo hácia el fondo.*) Venid.

JUA. (*deteniéndose junto á la puerta del fondo.*) ¿Y mi hija? Si no vuelvo... haberme separado de ella sin un adios!..

BEN. Tendreis valor para verla y separaros de ella al momento?

JUA. (*bajando hácia el proscenio.*) Oh! si! lo juro!

BEN. (*dirigiéndose hácia la ventana.*) Va á venir.

JUA. Y si viene, ¿cómo le esplicareis nuestra marcha?

BEN. No tengais recelo: conozco su heroismo y su valor.

JUA. Voy á verla! Juanita! Hija mia! Mi Juanita! Oh! ya temo que su vista debilite mi valor!... Evitemos su presencia! (*marcha hácia el fondo.*) Venid! (*viendo entrar á Raquel.*) Ya es tarde!

RAQ. (*entra por la puerta lateral.*) Ya me devoraba la inquietud. (*viendo á Benjamin.*) Benjamin!

BEN. Raquel!

RAQ. Hermano mio! (*corre y se arroja en sus brazos.*) Por fin vuelvo á verte! Qué noticias me traes, amigo, hermano mio?

BEN. Sabes que siempre hemos esperado que un milagro habia de devolvernos nuestro padre... Sadi acaba de indicarme el camino de salvacion.

RAQ. Sadi!

BEN. He venido á decírtelo y marcho.

RAQ. Solo?..

BEN. No: necesito el ausilio de una estrangera, (*indicando á Juana.*) y esta muger generosa consiente en acompañarme.

RAQ. Ella! (*se dirige hácia Juana.*) Aun otro sacrificio!

JUA. (*con ternura.*) Es una nueva fortuna, hija mia!

RAQ. Sois muy buena; teneis por nosotros la abnegacion de una madre.

JUA. (*tendiendo hácia Raquel los brazos.*) Si; y permitidme que al marchar, os abraze como una madre abrazaria á su hija.

RAQ. Oh! si; yo misma tenia necesidad de estrecharos contra mi corazon.

JUA. (*abrazándola con delirio.*) Juanita! Juanita!

RAQ. Qué nombre es ese?

JUA. Yo deliro!.. insensata! Ese es el nombre de mi hija!

RAQ. De la hija á quien esperais hallar? Oh! si mi padre se salva, si quedamos libres, la buscaremos todos reunidos, y Dios os la devolverá, estoy segura.

JUA. Tal vez!.. A Dios! Venid, Benjamin.

RAQ. (*á Benjamin.*) Pero á dónde vais?

BEN. Aun no puedo decírtelo, y lo que exijo de tu valor, Raquel, es que tengas confianza en Sadi, y que nos esperes con fuerza y resignacion.

RAQ. Id á donde os llama Sadi; yo esperaré sin temor, dispuesta siempre á compartir con vosotros la vida ó la muerte.

JUA. (Preciso es morir ó salvarla.) (*á Raquel con decision.*) Adios

RAQ. Oh! decid hasta que volvamos á vernos!

JUA. Oh! si! (*abrazándola.*) hasta despues, hasta despues!

BEN. (*apartándola de los brazos de su hija.*) Venid.

JUA. (*con desconcierto.*) Si... dónde estais?

BEN. Por aqui.

JUA. Vamos; Dios decidirá. (*sale por el fondo.*)

ESCENA II.

RAQUEL, *sola.*

Cuando te comprenderé, misterio inconcebible? A dónde van? Sin duda el árabe tiene algun proyecto. (*mirando por la ventana.*) Pero... él viene, ya le veo. Ah! quiero salir á su encuentro. Si; voy á saberlo todo. (*sale precipitadamente por la izquierda.*)

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SESTO.

Parte escabrosa de la montaña: en el fondo una sima: entrada lateral. En primer término, á la derecha, detrás de esta entrada lateral, un pedazo de roca, y delante de ella una piedra en que se puede tomar asiento. Segunda entrada lateral detrás de este pedazo de roca; es practicable y llega hasta los bastidores. A la izquierda dos entradas laterales, una en primer término y otra en el tercero. Partiendo del cuarto término, una sima de toda la estension del teatro. Un enorme pedazo de roca practicable se adelanta sobre la sima, formando punta. Puede subirse á él desde el cuarto término á la derecha. En el fondo, panorama de montañas: las cimas están alumbradas por el sol; todo lo demas está cubierto de sombra.

ESCENA PRIMERA.

ROLANDO, DANIEL.

ROL. (*llegando seguido de Daniel por la entrada lateral en el segundo término á la derecha.*) Detengámonos aqui, Daniel, y descansemos de nuestra infructuosa marcha, antes de proseguir nuestras investigaciones. (*se sienta sobre la piedra que hay en primer término á la derecha.*)

DAN. Como querais, señor.

ROL. Y dices que los dos jóvenes se amaban?

DAN. Eran novios!

ROL. Novios! Con tal que el amor que domina las cabezas de pocos años, no les haya obligado á alguna loca resolucion... Y si esta desgracia hubiera ocurrido?..

DAN. Benjamin estaria libre del suplicio.

ROL. Siempre el suplicio ante tu vista, á pesar de cuanto te aseguro!

DAN. Mi crimen está juzgado. Uno de mis hijos debe sufrir mi suerte, y ahora sabeis cual.

ROL. Has olvidado lo que te he dicho cuando hice que salieras de la prision?

DAN. Me habeis dicho despues de haber encontrado desierta mi casa, que necesitabais mi

ayuda para descubrir la guarida de mis hijos.

ROL. Solo el paradero de Raquel, que ya nada tiene que temer, puesto que hemos descubierto que no eres su padre.

DAN. Y creeis sin duda que las huellas de Raquel nos llevarán á descubrir las de Benjamin?

ROL. Y aun cuando esto suceda, no te he dicho que tu hijo será protegido?

DAN. He aqui lo que mi corazon no puede esperar.

ROL. De modo, que si supieras en qué sitio se encuentra cualquiera de los dos, no lo descubririas?

DAN. No tendria valor para ello.

ROL. (*levantándose y ap.*) Qué haré yo para tranquilizarle, para convencerle? (*alto.*) Será preciso hacerte saber quién es el que busca á Raquel?

DAN. Quién es?

ROL. Su padre!

DAN. Su padre?

ROL. Su padre, á quien la sortija ha hecho descubrir este secreto.

DAN. Mateo el capitan?

ROL. Si, Mateo.

DAN. Vive.

ROL. Mateo, que ahora es poderoso; él, á quien esta sortija acaba de revelar que tú has socorrido y educado á su hija. Mateo, cuya amistad poseo, y cuyas inquietudes y dolores he compartido; Mateo, que quiere, finalmente, defender á su vez á los que han protegido á su hija.

DAN. El esposo de la pobre Juana! Oh! tal vez me engañais!

ROL. Ante Dios, por Santiago y por la salvacion de mi alma, yo Rolando, condestable y baron .. juro que digo la verdad.

DAN. Este juramento del leal Rolando, es para mi como una nueva vida, y quiero correr en busca de mis hijos. Ellos han socorrido á tantos pobres abandonados en la montaña, que tal vez en casa de alguno de ellos habrán encontrado secreto asilo. Voy á preguntar por todas partes.

ROL. Ojalá, Daniel, que los pobres jóvenes que se creian condenados, no se hayan dado muerte.

DAN. No; mis hijos tenian demasiada religion para cometer tal crimen: tal vez pronto tendreis prueba de ello. (*sale por el primer término á la izquierda.*)

ESCENA II.

ROLANDO, *solo.*

Pobre Daniel! el corazon de este hombre es virtuoso... pero el hechicero le ha tocado con su mano maldita. Y Raoul... qué ha hecho? Ha encontrado á su hija? No; ya me lo habria dicho, porque sabe que he tomado esta direccion. (*mira hácia el camino por el primer término á la derecha.*) Si; ya me ha visto. Qué noticias tendrá que darme?

ESCENA III.

ROLANDO, RAOUL.

RAOUL. Rolando!

ROL. (*yendo á su encuentro.*) Qué sabeis, monseñor?

RAOUL. Aun nada. Y vos?

ROL. Yo? He reanimado el valor y la esperanza de Daniel; cuento con sus esfuerzos.

RAOUL. Yo... estoy temblando, Rolando.

ROL. Por qué?

RAOUL. Porque hace un momento me pareció ver pasar por entre dos rocas una joven guiada por un árabe. Era intransitable el camino que me separaba de ellos; tuve que dar un largo rodeo, y no he vuelto á verlos.

ROL. Seria una ilusion sin duda.

RAOUL. Tal vez; si: yo mido el dolor que sentiria si perdiese mi esperanza, por la estension de mi felicidad si esta esperanza se realizase. Ayer, Rolando, vivia mi hija cerca de nosotros; oh! por ella, creeme, daria mi condado, mis castillos... Poder, gloria y fortuna, son los favores que el destino caprichoso nos concede; pero una hija, una hija querida, es un tesoro de paz y de amor. Es un favor de la divinidad.

ROL. (*indicando el camino en el segundo término á la derecha.*) Mirad, señor; subiendo esta vereda podremos quizá ver á Daniel á lo lejos, y seguirle y alcanzarle.

RAOUL. Intentémoslo, Rolando, porque la inquietud me mata.

ROL. Venid. (*salen por la derecha, en el segundo término.*)

ESCENA IV.

SADI, RAQUEL, *dormida.*

(Sadi entra delante de Raquel, vuelto de espaldas. Raquel dormida sigue por el primer término á la derecha.)

SADI. Pronto hemos llegado, no es verdad?

RAQ. (*dormida.*) Si.

SADI. Debeis estar muy fatigada. Sentaos aqui y descansad. (*indica la piedra de la derecha.*)

RAQ. Quereis que me siente?

SADI. Si: y quiero tambien que por un instante descansen vuestras miradas y vuestro espíritu. (*ella se sienta, él se aparta.*) Pobrecilla .. mucho ha padecido! Ya no puedo dominar su imaginacion, ni fijar su pensamiento fujitivo: parece que por ella se puebla de fantasmas la montaña. Un momento hace veia en este sitio á Daniel; despues vió á unos hombres que habian llegado del palacio de Raoul... Por fin, estamos á la boca de las cavernas. (*á Raquel.*) Voy á examinar el camino. No me alejaré y quiero que no tengais inquietud ni temor. (Si; quiero dejarla descansar, antes de intentar un esfuerzo decisivo. (*dá algunos pasos, reconociendo el terreno, y desaparece por el tercer término á la izquierda.*)

ESCENA V.

RAQUEL, RAOUL, ROLANDO, *despues* SADI.

ROL. (*volviendo á la escena con Raoul.*) Si; él era el mismo á quien hemos visto: era Daniel. Este es el camino que ha tomado. Venid. (*deteniéndose.*) Pero... no veis á ese hombre?

RAOUL. (*mirando á lo esterior.*) Es el árabe á quien yo habia visto: tal vez el hechicero; pero no veo con él á ninguna muger.

ROL. No; está solo.

RAOUL. Viene hacia este lado; procuremos impedirle el paso. (*se colocan en el fondo, á derecha é izquierda.*)

SADI. (*volviendo.*) Hemos llegado al sitio que me indicaba Raquel; no perdamos un instante. (*se dirige hácia ella.*)

RAOUL. (*colocándose delante de él.*) A dónde vas?

ROL. (*haciendo lo mismo.*) Quién eres?

SADI. (*con terror.*) Dios mio! (*Raquel se incorpora.*) Soy un habitante de la montaña y...

RAOUL. Mientes!

ROL. Si; porque conozco que eres el hechicero á quien vi apagar su sed en la fuente.

SADI. Perdido estoy!

RAOUL. Genio del mal para Mesina, por fin estas en nuestro poder.

RAQ. (*dirigiéndose hácia Sadi.*) Sadi!

RAOUL. (*sorprendido.*) Una muger!

SADI. (*dándole la mano.*) Raquel!

RAOUL. Raquel! ese es el nombre que Daniel daba á mi hija!

SADI. (*ap. con sorpresa.*) Su hija!

RAOUL. Ella es, Rolando... esas facciones, esa semejanza... en ella reconozco á Juana!

SADI. Juana! Sois pues, el capitan Mateo?

RAOUL. En otro tiempo me llamaban asi.

SADI. Y ahora, ¿cómo os llaman?

ROL. Raoul de Mesina.

SADI. Raoul! (*á Raquel.*) Raquel, Dios os devuelve á vuestro padre.

RAQ. Mi padre!

RAOUL. (*con alegria.*) Mi hija! hija mia! (*deteniéndose de pronto.*) Mas porqué están sus ojos cerrados; su rostro inmóvil? Está poseida?..

SADI. No: está bendecida por el cielo, porque duerme con el sueño conque dormia quince años ha Juana su madre, cuando vió á los asesinos que amenazaban á su esposo Mateo. Os acordais del genio del bien que vagaba por la costa?

RAOUL. Si; porqué?

SADI. No habeis encontrado alguna vez una carta?

RAOUL. Que me salvó de las asechanzas de mis enemigos.

SADI. Aquella carta la habia dictado Juana durante su sueño.

RAOUL. Y quién la habia escrito?

SADI. Yo, á quien llaman el genio del mal.

RAOUL. No, no! porque en otro tiempo me habeis salvado. Pero acabad vuestra obra, devolvedme mi hija, libradla de ese sueño...

SADI. Todavia no: porque ese sueño arrancará de las entrañas de la tierra la cruz de Santiago mártir, que fué arrojada al abismo por los enemigos de Raoul de Mesina.

RAOUL. La cruz de Santiago!

SADI. Y antes de cumplir este deber, Raquel, tranquilizad y consolad á vuestro padre. (*haciendo que Raquel pase al lado de Raoul.*) Responded á su voz. Sadi lo quiere.

RAQ. (*dirigiéndose á Raoul.*) Padre mio!

RAOUL. (*tomándola en sus brazos y llorando enternecido.*) Juanita, hija mia! Estás viéndome en tu sueño?

RAQ. Veo vuestras lágrimas.

RAOUL. Si, lloro.. porque al mirarte .. me acuerdo de tu madre!

RAQ. (*con inquietud.*) Mi madre! mi madre!

RAOUL. La he perdido muy jóven, Juana mia! Solo me ha quedado de ella esta trenza de sus hermosos cabellos. (*Le entrega una trenza de cabellos que llevaba al cuello.*)

RAQ. (*cogiéndola.*) Cabellos de mi madre! pobre madre! como padece!

RAOUL. Qué está diciendo?

SADI. (*vivamente.*) Raquel, ¿estais viendo á vuestra madre, cuyos cabellos teneis en la mano?

RAQ. Si.

SADI. Dónde?

RAQ. Perdida en las cabernas.

SADI. Perdida! estais segura de ello?

RAQ. Muy segura.

SADI. Quién la ha llevado á ese sitio?

RAQ. Benjamin.

SADI. Benjamin, á quien dije que la cruz de Santiago... pero, ¿dónde ha visto él á vuestra madre?

RAQ. En la cabaña.

SADI. Como! aquella muger!

RAQ. Era ella.

SADI. Y qué camino hay para volar á su socorro?

RAQ. El de la cruz bendita.

SADI. Está lejos?

RAQ. (*mostrando la caverna con la mano.*) Alli está.

SADI. Venid pues.

RAOUL. (*con delirio, interceptándole el paso.*) No, deteneos! Juana ha muerto hace mucho tiempo; eso es una vision loca; es una tentacion de los infiernos. He recobrado á mi hija, y no quiero que muera por seguir á una sombra impalpable! No, no quiero!

SADI. (*dirigiéndose á él.*) Yo lo quiero: matadme, ó no detendreis á Raquel.

RAOUL. (*sacando la espada.*) Pues bien!.. ya que es preciso!..

RAQ. (*vacilando da un grito.*) Ah!

ROL. (*sosteniéndola.*) Raquel!..

SADI. (*á Raoul.*) El golpe que me matára... la mataria tambien!

RAOUL. (*dejando caer su espada.*) Perdonad mi delirio... Que viva! que viva!.. (*Raquel se tranquiliza y sonrie.*)

SADI. ¿Dónde está Juana, Raquel? (*Raquel se dirige hácia la sima.*)

RAOUL. (*á Sadi.*) Oh! dejadme al menos seguirla.

SADI. No! demasiadas emociones podrian matar á vuestra hija...

RAOUL. Matarla!..

SADI. Fuerza y paciencia, monseñor...

RAOUL. (*resignado.*) Esperaré!..

(Sadi marcha siguiendo á Raquel; suben juntos la roca que está suspendida sobre el abismo; llegados al estremo, Sadi no puede contener un gesto de espanto; una piedra se desprende de la roca, y cae en la sima; Raquel desciende sin vacilar. Sadi la sigue agarrándose á la roca y los dos desaparecen.)

RAOUL. (*acercándose con terror á Rolando.*) Oh! Rolando! qué va á suceder!...

ESCENA VI.

TALBOT, ROLANDO, RAOUL.

(El capitan Talbot entra rápidamente por la izquierda, en primer término, acompañado de dos guardias que llevan antorchas.)

TAL. (*á Rolando.*) Condestable!.. (*viendo á Raoul.*) Y vos, monseñor! despues de haber notado la desaparicion de Daniel el prisionero, hemos

corrido aqui, decididos, á esplorar todos los caminos de la montaña, y acabamos de detener á Daniel; le he dejado allí con algunos de los nuestros, y he creido deber advertíroslo.

ROL. Yo soy el que ha traido á Daniel secretamente... Está libre... (*á Raoul.*) Y voy á notificárselo, monseñor. (*aqui aumenta la noche.*)

RAOUL. Si; id, condestable... (*Rolando sale por la izquierda.*) Y vos tambien, capitan, deseo estar solo.

TAL. Me retiro, monseñor, pero debo deciros que he encontrado cerca de aqui á los dos peregrinos llegados de Roma.

RAOUL. Cerca de aqui?

TAL. Si, os buscaban .. Se sabe en Mesina que habeis tomado el camino de la montaña, y uno de estos peregrinos quiere veros para despedirse de vos.

RAOUL. Quiere marchar?

TAL. Acaba de recibir un mensage del Santo Padre, que le lleva á Roma.

RAOUL. Es preciso que retarde por un dia su partida.. No quiero que vaya á publicar en Roma, que la proteccion divina, inherente á la cruz de Santiago, se ha retirado por siempre de Raoul... Tratad, capitan, de encontrar á ese peregrino.

TAL. Nos seguia hace poco... y estoy cierto... si, ya le veo...

RAOUL. (*mirando.*) En efecto... dirigidle hácia aqui, y dejad una luz... (*uno de los guardias pone una antorcha en el trozo de roca á la derecha.*) Id á reuniros al condestable, capitan.

TAL. Bien, monseñor... (*sale por la izquierda con los guardias.*)

RAOUL. No, no quiero que esos peregrinos vayan á contar en Roma una desgracia que pronto cesará. (*dirigiéndose al fondo con inquietud.*) Qué pasará en el fondo del abismo? (*queda pensativo en el fondo.*)

ESCENA VII.

RAOUL, CARROUGES.

CAR. (*entra lentamente por la izquierda en primer término.*) Aqui está... Por fin me encuentro solo con él... Está agitado! Sin duda ha sabido la muerte de Raquel.

RAOUL. (*viéndole.*) Ah!.. (*se dirige á Carrouges.*) Es verdad que quereis dejarnos, hermano mio?

CAR. La orden es urgente y formal... el buen servidor debe obedecer!

RAOUL. Un dia solamente!..

CAR. Seria culpable si consintiese.

RAOUL. (*mirando siempre hácia la sima.*) Un dia, hermano mio, yo os lo suplico!..

CAR. (Qué agitado está!)

RAOUL. Un solo dia... y mañana sabreis muchas cosas... si el cielo acaba su milagro.

CAR. Su milagro?..

RAOUL. (*á media voz.*) Si, hermano mio, y os lo diré en confianza, la cruz santa... la cruz que he perdido...

CAR. Dónde está?

RAOUL. Espero encontrarla.

CAR. La cruz?..

RAOUL. Sé que unos infames la han arrojado á la sima de la montaña.

CAR. Lo sabeis?

RAOUL. Si... pero no ois hablar en el fondo de ese abismo?

CAR. No, no oigo nada... (*Raoul inquieto va á mirar.*) (Lucha acaso un invisible poder contra mi?.. Tengo miedo!)

RAOUL. (*volviéndose.*) Es mi imaginacion sin duda... si supierais la causa de mi inquietud...

CAR. (A qué me detengo!.. Perderia mi valor... (*toma la carta envenenada de la caja que la contiene.*)

RAOUL. Esperareis hasta mañana, hermano mio?

CAR. No puedo, señor.

RAOUL. Cuál es el motivo?

CAR. Tomad, hermano; lo sabreis leyendo algunas lineas de esta carta. (*Raquel dormida y Ben-Sàdi vuelven à aparecer saliendo del abismo.*)

RAOUL. Esta carta... dadme, hermano. (*la toma.*)

CAR. (Se ha perdido!) (*Raoul pensativo examina la carta. Con inquietud.*) Si rehusará abrirla..!

RAOUL. Que puede contener esta carta! Veamos. (*se dispone á abrirla.*)

CAR. Gracias á Dios. (*Raquel que ha llegado con emocion cerca de su padre; arrancándole la carta de las manos.*)

RAQ. Padre mio!.,

ESCENA VIII.

CARROUGES, SADI, RAOUL.

RAOUL. (*sorprendido.*) Hija mia!

CAR. (*con terror.*) Raquel! (*Raquel aproxima la carta á la antorcha encendida. La carta produce una ligera esplosion y se evapora.*)

RAOUL. Pero qué quiere decir este nuevo prodigio?

SADI. (*que se ha quedado en el fondo.*) Esto quiere decir, que Raquel ha visto en el sueño el peligro de su padre, y que acaba de arrancar de sus manos una carta envenenada.

RAOUL. Envenenada!

CAR. Infierno!.. (*examinando á Raquel.*) Tu animas las sombras!..

SADI. No es la sombra de Raquel la que te acusa; es Raquel dormida con el sueño mágico... Es Raquel dotada de la doble vista, que penetra los secretos, y que ha revelado todos los tuyos.

CAR. (*con desesperacion.*) Maldicion! Una espada! una espada! Pietro!..

ESCENA IX.

Dichos, ROLANDO, *guardias*, TALBOT, DANIEL.

ROL. (*entrando con los guardias por el tercer término á la izquierda.*) Pietro está preso, señor de Carrouges.

RAOUL. Carrouges!

CAR. (*desesperado, quitándose su trage de peregrino.*) Si, Carrouges! guiado por el demonio hasta el palacio de Mesina... (*con terror.*) Para morir en Mesina...

ROL. (*indicando á Carrouges.*) Guardias, he aqui el hechicero maldito!.. A Mesina!.. (*los guardias rodean á Carrouges.*)

CAR. (O ciencia del Oriente, tú me salvarás al menos de la hoguera.) (*sale con los guardias y Talbot, por la izquierda en primer término.*)

RAOUL. (*que le ha seguido con la vista.*) Mi hija me ha librado de él... Pero Juana, mi esposa!

SADI (*señalando à Juana que acaba de salir del*

abismo con Benjamin por el mismo camino que Raquel.) Dios os la devuelve tambien, monseñor.

RAOUL. Juana!

JUA. Mateo!

RAOUL. Juana mia! (*Juana cae en sus brazos, con éstasis.*) Salvada tambien! (*Benjamin va á dar la mano à Daniel, que está á la izquierda.*)

JUA. (*dándole la cruz.*) No debia protejernos esta cruz santa!

RAOUL. La cruz de Santiago! Y Juana quien me la entrega!

JUA. (*mirando á Raquel que Sadi ha hecho sentar sobre la piedra, á la derecha ,durante la escena de Carrouges.*) Y nuestra hija?

SADI. Debe abrir los ojos, ahora que la espera la felicidad despues del sueño; pero su primer cuidado será buscar á Daniel y Benjamin; vea entonces á su padre en medio de ellos.

RAOUL. (*se pone entre Daniel y Benjamin, tomándoles la mano.*) Si, los tres asi.

SADI. Y vos, Juana?

JUA. (*interrumpiéndole.*) Yo, voy á arrodillarme á su lado, y no tengais celos, si la pobre madre pide á Dios, que la primer mirada de su hija sea para ella. (*se arrodilla. Sadi se aproxima á Raquel para despertarla. Cae el telon.*)

FIN.

Madrid, 1850.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

calle del Duque de Alba, núm. 13.